BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

INSOLITA DIMENSION

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

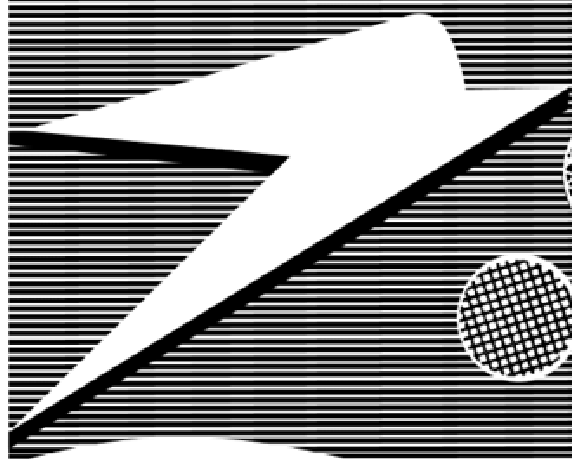
la conquista del ESPACIO

INSOLITA DIMENSION

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

INSOLITA DIMENSION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 105

Publicación semanal

Aparece los VIERNEs



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 25.816 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. *A*.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

100. — El corazón. — *Marcus Sidereo*.

101. — Los hombres de Arkand. — *A Thorkent*.

102. — El invasor errante. — *Ralph Barby*.

103. — La metrópolis. — *Curtis Garland*.

104. — El monstruo de un billón de cabezas. — Glenn Parrish.

«Hay más cosas en este mundo, Horacio, de las que jamás pudo soñar tu filosofía…»

Hamlet, W. SHAKESPEARE.

PREFACIO

Se habla siempre de dimensiones diversas e insospechadas.

Dimensiones a las que, posiblemente, como una conquista más, el hombre llegue un día con sus ingenios.

La Cuarta Dimensión es ya un tópico. Como lo puede ser, para el lector asiduo de temas de ciencia-ficción o de simple fantasía, la existencia de una Quinta, Sexta o Enésima Dimensión.

También el Tiempo se considera una auténtica y cuarta dimensión para el ser viviente. O bien el Espacio-Tiempo, llevándolo al terreno de la matemática pura, por supuesto, ya que por el momento, es una dimensión que no se puede recorrer sino en teoría… o a través de la imaginación de un autor.

Y, sin embargo…

Sin embargo, existen acaso, dentro de nuestro propio mundo, dimensiones insólitas y desconocidas. Dimensiones adonde el ser humano, lo mismo que pugna por recorrer el espacio exterior, el Cosmos, en busca de planetas, soles o estrellas, a la búsqueda ansiada de nuevas y diferentes formas de vida, puede llegar un día, en su inexorable avance hacia el progreso, la Ciencia, la investigación.

El átomo mismo puede constituir, y de hecho lo constituye, un auténtico Sistema Solar. Es el espacio de lo infinitamente pequeño, el Micro-Cosmos. También habrá ingentes macro-cosmos, de los que el Universo mismo podría ser una simple parte diminuta e insignificante.

Las teorías son muchas, las posibilidades infinitas. Existen, quizá, tantas Dimensiones como imaginaciones humanas puedan existir para crearlas.

Pero acaso, las más insólitas y posibles dimensiones de un futuro, lejano o no, estén más cerca de nosotros de lo que imaginemos. Acaso estén tan cerca que, como sucede con los árboles, no nos dejen ver el bosque.

Y ese problema afronta esta novela.

Con sencillez, con escasa envergadura científica, incluso. No pretende el autor escribir un denso tratado científico y técnico de lo que ese viaje a una Insólita Dimensión tan cercana a nosotros que

llega a ser parte de nosotros mismos, sería en la realidad. No. Eso haría el tema demasiado denso y presuntuoso.

Lo que cuenta es el hecho en sí. La aventura fabulosa que ello supondría. Y, por supuesto, una aventura sería incompleta sin una intriga. Y sin dejar volar la imaginación, ya que en el terreno de lo hipotético nos movemos con nuestros personajes, como sucede habitualmente en toda obra de anticipación.

La idea no pretende ser revolucionaria ni original hasta el asombro. ¿Por qué había de serlo? Un viaje a Marte, a Saturno, a una Galaxia lejana, como Andrómeda por ejemplo, no tiene, en las páginas de una novela, nada de original. Sencillamente, cada autor ve esa gran hazaña futura del hombre, por la conquista del Espacio, como un medio, un pretexto o un fundamento de su relato. La posible originalidad del asunto no tiene por qué estar ahí.

Asimismo, enfocó este tema en una de sus obras que, por cierto, no era enteramente original de él, ni lo pretendía, sino el desarrollo novelado de la idea y guión de otros autores, a la que el gran Asimov dio su touch maestro.

Ahora, este relato incide en el tema. Por otros derroteros, por otros cauces, entre la Ciencia-ficción puramente dicha, y la política-ficción, pongamos por ejemplo, que también es un tema bien ligado por cierto a todo avance del hombre por los caminos de la Ciencia.

Lo que cuenta es la aventura y sus circunstancias, los héroes y sus propios problemas, de los que el viaje a lo desconocido, no es sino un accidente más en el relato, aunque sea el de mayor dramatismo quizá.

Sí. Mis personajes viajan a una insólita dimensión, pero tremendamente real y próxima a nosotros. A mí, a usted, lector, o a cualquier otro. Es una forma también de conquistar un Espacio desconocido prácticamente. Y de viajar por medios aún fantásticos, pero que un día pueden ser tan reales como los anticipos de progreso técnico que ya imaginó Verne, en busca de la respuesta a algunas preguntas del mismo hombre, enfrentado consigo mismo.

Que eso, en definitiva, es lo que cuenta en todo logro, en toda conquista: el hombre y su obra. El hombre y su empeño.

Que esa Dimensión por donde viajan nuestros héroes es, a no dudar, un Espacio maravilloso y tremendamente desconocido, de eso no hay duda.

Y si no, lector, formúlese esa misma cuestión cuando la historia

termine…

No hay respuesta, claro. Nunca debe haberla ni, de hecho, existe aún.

Pero…

PRIMERA PARTE

EL PACIENTE

CAPITULO PRIMERO

Estaba empezando a llover cuando Martin Henlein se aproximó a la amplia puerta vidriera del Centro Médico de Neurología, abotonándose su impermeable oscuro encima de su alta y espigada figura. Escudriñó el exterior, a la luz del nublado atardecer.

—Mala noche nos espera —comentó, con un leve bostezo. Se desperezó—. Menos mal que esta vez me corresponde descansar, en lugar de montar guardia...

—Ya era hora, ¿no, doctor? —sonrió la encargada de la centralilla.

—Sí, Betsy —la miró, risueño, mordiéndose el labio inferior—. Ya era hora...

—¿Se pudo hacer algo por el enfermo de la 603? —indagó la telefonista.

—Se le pudo salvar la vida, por el momento —suspiró el médico —. Es suficiente. Ahora, todo depende de él. Su naturaleza hará el resto, Betsy.

—Fue una dura labor.

—Sí. Muy dura. Tres días de lucha ardua para rescatarle de la muerte. Lo importante es que lo logramos. Ahora, uno se siente capaz de descansar tranquilo...

Las luces empezaban a brillar ya en la campiña, allá y acá, salpicando el paisaje oscuro, grisáceo, torvo. La lluvia arreciaba, empezando a dar un brillo negro al asfalto de la amplia rotonda y el aparcamiento de vehículos del Centro Médico.

Se subió Henlein el cuello del impermeable, y frunció el ceño, disponiéndose a salir del recinto médico. Entonces sonó tras de él la voz femenina:

—¡Doctor, por favor! ¡Espere un momento!

Se volvió. Contempló a la joven que corría por el amplísimo,

blanco, aséptico vestíbulo, con una gabardina amarillo claro, un gorrito impermeable muy gracioso, sobre los cabellos color rojo oscuro, y el bolso colgando de su brazo.

—¿Desea algo, Lorna? —preguntó a la enfermera Lorna Stoker.

—Sí, doctor. He terminado mi servicio hoy. La enfermera Baxter me suple. Tengo a mi hermano enfermo, y he pedido permiso al doctor McGee.

—Y el viejo ogro se lo ha concedido —rió Henlein.

—Eso es. Le cogí en sus horas buenas —sonrió ella, divertida—. Le quería pedir, doctor, si no le molesta, que tuviera a bien llevarme a la ciudad y...

—Por Dios, Lorna, ¿cómo se le ocurre dar tantos rodeos para eso? Venga. La llevaré hasta su casa.

—No será preciso tanto, doctor. Con que me deje cerca de...

—No se hable más de ello. Su distrito no queda demasiado lejos del mío. Un breve rodeo, y eso es todo. Vamos allí, Lorna. Antes de que arrecie el temporal. L; noche va a ser muy inclemente, estoy seguro.

—De eso, no tengo la menor duda —le miró sonriendo la enfermera Lorna Stoker, del Pabellón de Superespecialización Neuroquirúrgica—. Además de un gran cirujano, es usted un poco meteorólogo, doctor Henlein. De modo que cuando usted afirma algo, acostumbro a hacerle más caso que al «hombre del tiempo».

Rieron ambos de buena gana, y emprendieron veloz carrera, tras agitar su brazo, en despedida breve a la telefonista, Betsy Zapruder, para correr luego bajo la fuerte lluvia, hasta el automóvil de modelo deportivo, color verde manzana, del doctor Martin Henlein.

Momentos después, los faros del coche barrían la lluvia y la penumbra exterior, más allá de las blancas, fuertes luces de la entrada al Centro Médico, y el vehículo, suavemente, deslizaba sus vertiginosos neumáticos sobre la asfaltada cinta de la ruta.

El hospital, con sus innumerables ventanas, como ojos rectangulares de blanca luz aséptica, abiertos a la noche, se quedó atrás. Y pronto un frondoso bosque, cubrió totalmente su imagen, borrándola del retrovisor.

Henlein aceleró un poco más la velocidad del vehículo. A su lado,

la enfermera Stoker respiró hondo, retrepándose en el confortable asiento, fija su vista en el luminoso tablier, donde el indicador de velocidad elevaba su cuenta de millas con rapidez, y con una facilidad pasmosa, además.

—Me gusta correr —confesó ella, risueña.

—Lo imaginaba —sonrió Henlein. Y aceleró algo más, no mucho —. De cualquier modo, el estado del pavimento no aconseja imprudencias. Mientras la lluvia no sea torrencial, es cuando más peligro hay de derrapar, Lorna.

—Sí, lo sé, doctor. El hecho de que me guste la velocidad, no significa que haya de cometer una imprudencia. Creo que el coche va perfectamente así. Además, me siento segura llevando usted las manos al volante.

—¿De veras? Como conductor no me conoce demasiado. Sólo en un par de ocasiones recuerdo haberla llevado a alguna parte en mi coche…

—Pero unas manos capaces de lograr lo que logra usted en el cerebro de los seres humanos, doctor Henlein, por fuerza han de ser manos firmes, seguras, en cualquier orden de la vida.

—Va demasiado lejos en sus suposiciones —sonrió el médico—. Una cosa es el bisturí, y otra muy diferente el volante de un coche.

—También es muy distinto una carretera amplia, recta, fácil de recorrer, que los sinuosos y complejos senderos de una masa encefálica, doctor Henlein.

—Es posible. Para todo se necesita fe en uno mismo y no perder nunca el control de los nervios, mantener la mente lúcida y los ojos bien abiertos.

—Y el pulso firme —dijo ella, contemplando las manos enguantadas del joven cirujano.

—Eso, por encima de todo —asintió él.

Y al doblar una curva de la carretera, demostró lo que estaba diciendo, en una simple fracción de segundo.

La luz de unos faros se les vino encima. Un coche, a vertiginosa velocidad, estaba rebasando a otro vehículo, en un punto prohibido para ello.

Con un rápido golpe de muñeca, el volante viró lo preciso, entre las firmes manos de Martin Henlein. El coche deportivo, dócil al impulso, chirrió sobre la carretera mojada, desviándose lo justo para impedir la colisión, y derrapando unas yardas, hasta casi hundirse en los matorrales de la cuneta, mientras Lorna emitía un leve jadeo de inquietud.

Otro suave y firme giro al volante, evitó el impacto, volviendo al vehículo a su posición normal en la ruta.

Atrás, en la noche, se perdió, vacilante, describiendo peligrosas curvas, el coche suicida, cuyo conductor posiblemente estaba preguntándose aún cómo pudo evitar el choque de frente con aquel otro vehículo.

—Hay gente que busca morir estúpidamente… y puede matar a los demás —masculló entre dientes Henlein, apretando las mandíbulas, aún irritado por lo que pudo suceder—. Dios, con lo valiosa que es una vida humana…

—Muchas veces, estamos ciegos para apreciar el valor de ciertas cosas, doctor —convino la enfermera Stoker, respirando con fuerza y alivio, tras el susto pasado.

El asintió en silencio, algo ceñudo, la vista fija en la peligrosa carretera mojada, que los faros del coche deportivo barrían, atravesando la densa cortina de lluvia, cada vez más torrencial.

Allá, a alguna distancia, dentro de otro automóvil, unas manos enguantadas hicieron descender los prismáticos asestados sobre el coche verde manzana, de modelo deportivo.

Unos labios resoplaron, y un rostro tenso se volvió hacia el hombre que conducía el vehículo.

—Uf… —masculló el de los prismáticos—. Si nos descuidamos… nos quedamos sin nuestro hombre.

—¿Quién iba a imaginar que semejante loco se cruzaría con él en la carretera? —se lamentó su compañero, al volante del automóvil—. Ese estúpido, sea quien fuere, estuvo a punto no sólo de matarse él, sino de asesinar torpemente, con su imprudencia criminal, al mejor y más joven neurocirujano de Estados Unidos…

—He tomado nota de la matrícula del imprudente —dijo, casi vengativo, el acompañante—. Voy a ocuparme de que le ajusten las cuentas.

—Deje eso ahora. Lo importante es Henlein. No le perdamos de vista. No puede tardar mucho en suceder.

—¿Cree que todo irá bien?

—Tiene que ir bien —afirmó fríamente el hombre situado al volante—. Por si acaso, vaya sacando todo lo que precisamos, Mankiewicz.

—Sí, señor.

Las manos dejaron los binoculares, para hundirse en una bolsa plástica situada junto a él en el asiento. De allí extrajo dos máscaras de goma, cómicas y grotescas, una de las cuales se aplicó, dejando la otra junto al automovilista. Luego, tomó una pistola automática, provista de silenciador, que comprobó, antes de introducirla en sus ropas.

—Todo a punto —dijo, con extraña voz, ahogada por la goma de su rostro ficticio.

Su compañero no dijo nada. Siguieron adelante, a través de la noche y de la lluvia. En pos del doctor Henlein y su enfermera.

—¿No será ella un obstáculo en todo esto? —preguntó de repente el enmascarado, tras un rato de silencio.

—¿La joven que le acompaña? —el conductor del coche se encogió de hombros—. No, no lo creo. Es enfermera del Centro Neurològico. Si necesitamos un médico, ¿por qué no una enfermera, ya que el destino la pone en nuestro camino, Mankiewicz?

—Desde luego, señor. Creo que es lo adecuado...

No se habló- más. La persecución continuó, a través de la lluvia y la oscuridad. Ambas, cada vez más densas...

* * *

El motor emitió un extraño ruido.

Los ojos de Martin Henlein se clavaron, sorprendidos, en el tablier. Se inclinó, para mirar mejor.

—Es extraño... —dijo.

—¿Qué es lo extraño? —indagó la enfermera Stoker.

—El combustible. Llené el depósito al ir hacia el hospital. Lo hago siempre, en la gasolinera de McDougall.

—¿Y...?

—Apenas si recorrí diez millas después de llenarlo, Más el corto trayecto de ahora. Y está casi vacío...

—Tal vez perdió gasolina en el camino, o durante los días en que no ha salido del hospital, con el paciente de la seiscientos tres...

—No, no es posible —señaló el indicador de combustible—. Y, sin embargo, estamos casi a cero...

—Cielos, ¿qué haremos, si nos detenemos por aquí? —se inquietó ella, mirando en torno, a la oscura noche lluviosa—. No debe haber un puesto de gasolina en bastantes millas...

—Hay uno a no más de cuatro o cinco millas —Henlein se mordió el labio—. Pero no hay combustible ni para la cuarta parte de ese recorrido, por desgracia. Tendremos que esperar a que algún automovilista nos preste la suficiente para llegar allí..., o buscar otra solución heroica, como es ir yo en busca de unos cuantos galones de gasolina.

—¡Cielos, con semejante noche, y a esa distancia! —se horrorizó ella.

—Algo hay que hacer —suspiró Henlein—. Créame: lo siento por usted. Ha sido incomprensible que esto sucediera, precisamente cuando usted tiene prisa por ver a su hermano y...

—No se preocupe por mí —Lorna le miró—. Usted es quien me preocupa. Lleva demasiado tiempo sin descansar. Y ahora, cuando puede hacerlo, le ocurre esto.

—Fatalidad —murmuró Henlein, con resignación. Comprobó que apenas si quedaba combustible ya, y la marcha, notablemente reducida, se convirtió en nula ahora, hasta frenar del todo, junto a la cuneta. Las luces rojas de atrás, dieron un reflejo fantasmal a los arbustos azotados por la lluvia.

—Mire —dijo Lorna Stoker, señalando ante ellos—. Allí hay luz...

—Cierto. Es una residencia campestre. Al menos, no tendré que andar mucho para buscar un teléfono y pedir ayuda a la Patrulla de Caminos... —suspiró el médico—. Debe distar de aquí menos de un tercio de milla...

Miró atrás. No venía ningún automóvil. Tampoco venía ninguno en dirección contraria. No era una carretera demasiado frecuentada, y menos en una noche de sábado, mientras la gente estaba en pleno disfrute de su *week-end*, sin querer arriesgarse a desafiar la furia de los elementos.

Henlein se dispuso a emprender heroicamente la marcha. Buscó entre sus pertenencias, hasta dar con una gorra impermeable, que se empezaba a aplicar, cuando la joven enfermera le avisó:

—¡Eh, mire! Ahí, detrás de nosotros... Un automóvil.

Era cierto. Sus faros se reflejaron ahora en el retrovisor, al volver el recodo próximo. Rápido, Henlein hizo funcionar, con parpadeos, las luces de su coche, dando aviso a los que venían, de que algo anómalo sucedía. Luego, abrió la portezuela, saliendo a la lluvia, y agitando sus brazos, a la luz de los faros.

Por un momento, temió que no fuese atendido, y el coche continuara su marcha, imperturbable. No ocurrió así.che. Se abrió una portezuela. Henlein fue hacia ella, decidido.

—Escuche, por favor —comenzó diciendo—. Tenía lleno el depósito de combustible y, por algún accidente que no logro explicarme, se ha vaciado y...

Se paró en seco. Atónito, contempló al hombre de negro impermeable que emergía del automóvil, mirándole fijamente. Descubrió un rostro riente de payaso, en goma ajustada a otro rostro sin duda muy diferente. Y vio, en la mano enguantada, el arma provista de silenciador, encañonada sobre él.

—Será mejor que no se mueva ni intente nada, doctor —sonó la voz ahogada del enmascarado.

—¿Qué..., qué significa...? —comenzó Henlein, aturdido.

Vio que el otro ocupante del coche, el que se acomodaba ante el volante, cubría del mismo modo su faz con una máscara representando al capitán Garfio, del *Peter Pan* de Disney.

—Significa que no debe gritar ni hacer movimiento brusco alguno, doctor —habló el que le estaba encañonando, con tono frío—. Esto es un secuestro. No le aconsejo que lo convierta en algo mucho peor...

CAPITULO II

—Un secuestro... No logro entenderlo.

—Tampoco yo, doctor. ¿Cree que peligran nuestras vidas?

—No sabría decírselo —el médico señaló al hombre que, arma en mano, les acompañaba en el asiento posterior del coche de sus raptores, ya en marcha de nuevo, a través de la noche, bajo un aguacero cada vez más fuerte, tras dejar el automóvil deportivo abandonado donde se quedara sin combustible—. ¿Por qué no se lo pregunta a él?

El enmascarado permaneció inmóvil, cruzado de brazos, con el arma fija en ellos. No despegó sus labios bajo la faz de goma.

—No, no creo que respondiera nada concreto —suspiró ella, moviendo su pelirroja cabecita con desaliento.

—El hecho no es accidental, ciertamente —habló Henlein—. Apenas me vio, me llamó doctor. Eso significa que sabían perfectamente a quién seguían y a quién raptaban... Lo que me pregunto es si solamente se trata de mí... o de ambos.

—La señorita es un puro accidente en el asunto —se dignó hablar con voz sorda el enmascarado—. Usted e quien nos interesa, doctor Henlein.

—De modo que sabe quién soy.

—A la perfección, sí.

—¿Me siguieron desde el hospital?

—Exactamente, doctor.

—¿Y por qué no dejaron a la señorita Stoker fuera de todo esto?
—No podía ser. No debemos correr riesgos, doctor. Y un testigo en libertad, es siempre un riesgo.

—¿A quién pretenden pedir rescate? No tengo fortuna propia ni parientes ricos. Tampoco crea que el hospital puede desembolsar una cantidad respetable por uno de sus médicos.

—Por usted, doctor Henlein, estoy seguro de que sí lo desembolsarían —rió bajo la máscara el raptor—. Vale demasiado

como cirujano especializado.

Henlein se mordió el labio inferior, pensativo. Sus grises ojos se clavaron en Lorna, con preocupación. Ella enarcó las cejas, con perplejidad.

—Es obvio que lo saben todo sobre nosotros —dijo—. Al menos, sobre usted, doctor.

—Es obvio —convino el enmascarado—. Pero no he dicho que vayamos a pedir rescate por ninguno de ustedes. Sólo que pagarían una cierta suma bastante respetable, si ello se hiciera así.

—Entonces, ¿qué pretenden? —indagó Martin Henlein vivamente.

—¿No lo adivina, doctor? —había cierto tono de ironía en la voz del desconocido—. ¿Para qué puede uno raptar a un famoso cirujano, si no piensa en pedir rescate por él?

—Eh, un momento... —Henlein creyó entender. Entornó los ojos —. Un médico... Ustedes buscan... un médico...

—Exacto, doctor. Buscamos un médico. Un cirujano. El mejor. Usted, doctor Henlein.

—Pero..., ¡pero yo soy un cirujano especializado en Neurocirugía! —protestó él—. Solamente practico intervenciones quirúrgicas... en el cerebro.

—Eso es, doctor, justo lo que necesitamos —fue la respuesta.

* * *

—El cerebro... ¿De qué se trata?

—Ya lo sabrá, doctor —el hombre consultó su reloj de pulsera, estirando el brazo. Henlein era muy observador: advirtió que era un lujoso y moderno cronógrafo de oro, con pulsera del mismo metal—. Dentro de muy poco tiempo lo sabrá.

—Un delincuente... Es un delincuente el enfermo, ¿no es cierto?

—¿Un delincuente? —hubo una breve risita bajo la máscara—. Bueno, si usted lo dice...

—Voy entendiendo. Es como en los viejos asuntos de *gangsters* —reflexionó Henlein en voz alta—. Un grupo de criminales que tienen un enfermo. Posiblemente alguien con una bala en el cerebro o cosa parecida. Y quieren salvar su vida desesperadamente, pero de modo clandestino, por supuesto. El procedimiento, es siempre el mismo: raptar a un cirujano y obligarle a intervenir al enfermo.

—Eso lo ha visto en la televisión, estoy seguro —dije irónico el enmascarado—. Y por Bogart o alguien así...

—Me temo que esta situación no difiere mucho de la que yo le he citado.

—Eso es cierto. Sólo cambian un poco los personajes, pero nada más.

—Bien, ¿no puedo saber de qué se trata? Quizá estén perdiendo un tiempo precioso conmigo, sin darse cuenta de que sabiendo lo que ocurre, yo podría orientarles, decirles ya de antemano las posibilidades que existen de tener éxito, el método más adecuado y urgente, para...

—No se preocupe, doctor Henlein. Usted es la eminencia en cirugía. Ya hay un médico especializado que dictaminó sobre eso. Usted es la única persona que tenemos disponible para el caso. Esté seguro de que comprobamos ya eso minuciosamente, antes de lanzarnos a esta aventura.

—Parece muy seguro de lo que dice...

—Estoy muy seguro de lo que digo —silabeó el otro, con sequedad—. Ahora, no hable más sobre eso. No se excite. No tenga miedo alguno por usted o por su compañera. Los nervios no deben traicionar su pulso, doctor.

—Jamás lo hicieron antes de ahora, ni creo que esta vez suceda —afirmó el doctor Henlein secamente—. Tampoco siento miedo alguno.

—Es usted muy valiente. Y muy sereno. Eso me satisface.

—Sí. En él estoy pensando. Es justo hacerlo, ¿no?

—Está pensando en su paciente, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Sea quien fuere, es un ser humano en peligro. Esté seguro de que haré lo que sea por él. Igual que si fuese el primer ciudadano.

—El primer ciudadano… Sí, doctor. Estoy seguro de que se comportará usted igual ante un asesino que ante un hombre importante. Es así como obran los médicos honestos. Incluso cuando se les obliga a punta de pistola. Lamento esta violencia, pero era necesaria. Hay momentos en que todo depende de unos minutos. El tiempo urge —volvió a mirar su reloj, con impaciencia—.

—Escuche, no puede pedirse rapidez en una cosa así Y usted no sabe el poco tiempo de que disponemos esta vez…

—Según lo que sea, necesitará horas enteras para ser solucionado… si admite solución.

—Lo comprendo. Tendrá que ser breve, sin embargo. Muy breve, doctor.

—Escuche, no puede pedirse rapidez en una cosa así —se irritó Henlein—. La cirugía del cerebro humano es tan compleja, tan delicada y precisa que…

—No se moleste, doctor —cortó el hombre de la máscara—. Sé muy bien todo eso. Sólo le dije que habrá de ser breve. Pero es posible que tenga tiempo para todo…

No se habló más por el momento. El automóvil proseguía viaje en la noche. De repente, redujo su marcha.

—Ya —dijo al compañero—. Hemos llegado.

—Primera etapa —suspiró el enmascarado. Hizo un ademán con la mano armada—. Vamos, doctor. Y usted, señorita. Salgan. Lamento que se mojen un poco, pero no hay más remedio…

Obedecieron. No existía otra solución. Henlein ayudó a su compañera a descender del coche. Caminaron bajo la lluvia, hacia una valla cercana, en la oscuridad. El médico trató de reconocer el punto en que se hallaban, pero no le fue posible. La noche tormentosa y el haber apagado los faros, quizá intencionadamente, la pareja de enmascarados, dejaba el paraje poco menos que en tinieblas.

Sin embargo, el que condujera el vehículo hasta allí, iluminó la senda con una pequeña lámpara eléctrica, de delgado haz de luz amarilla. Henlein, tomando por un brazo a Lorna Stoker, que parecía tan animosa y firme como él mismo, caminó tras del desconocido,

llevando detrás, cerrando la marcha, al hombre armado.

Un bloque oscuro, sólido, se alzaba ante ellos, en medio del amplio cercado. Un edificio, acaso una granja aislada. Alrededor, todo parecían ser arboledas, macizos de arbustos y setos. No se veía luz alguna. Ni en el edificio, ni en sus alrededores.

Llegaron a un porche en sombras. Nadie hizo acción de dar luz alguna. Es más, el conductor del automóvil apagó su lámpara, y la oscuridad fue total. Pero Henlein sintió en sus costillas la presión firme de la pistola automática.

El que abría la marcha, pulsó un llamador, cuyo timbrazo no fue audible allí afuera. Lo hizo varias veces, y con intermitencias, sin duda respondiendo a un código establecido previamente con quienes ocuparan el interior de la aislada finca.

Esperaron un breve tiempo. Henlein captó roce de pies, movimiento dentro de la casa. Pero ni un atisbo de luz. Algo sonó apagadamente en la puerta: una mirilla, sin duda. Se preguntó cómo verían en la oscuridad, y la mente de Henlein halló una lógica respuesta: luz infrarroja, y unas gafas adecuadas para ver en ella. Eso indicaba algo: no eran novatos ni ignorantes. Estaba relacionándose con profesionales. Del crimen o de lo que fuese. Pero gente con recursos, sin duda.

Henlein recordó algo de pronto. Lo murmuró:

—Instrumental... No llevo nada conmigo. Espero que...

—No tema. Todo el instrumental que precise, existe ya aquí —dijo la voz fría de uno de sus acompañantes—. El más moderno y el mejor, esté seguro.

Lo estuvo. Se confirmaba su idea inicial. Trabajaban con una seguridad y precisión pasmosas. No daban un solo paso en falso. Todo lo tenían previsto.

Se abrió la puerta. Tampoco hubo luz alguna. Entraron a tientas. Se cerró la puerta, en tanto oía un murmullo en algo que podía ser una lengua extranjera o simples palabras en clave, para que él no las identificase. Nada, en el acento de aquellos hombres, revelaba una posible personalidad no americana.

La idea del espionaje, sin embargo, se asoció a sus anteriores suposiciones sobre el suceso. *Gángster* o espías. Eso parecía lo más lógico. Ahora, habida cuenta de sus métodos y recursos, habíase

inclinado de repente por la segunda de las suposiciones, sin tener demasiada! base sòlida en que fundarla.

Hasta ahora, todo eran simples suposiciones, cálculos, deducciones sin fundamento.

Se cerró la puerta tras ellos con suavidad. Se ajustó con algún pestillo de seguridad. Hubo un largo silencio. Luego, un chasquido. Pestañeó vivamente Henlein.

Luz. Habían dado la luz súbitamente. Suave, amortiguada. Miró en torno, sorprendido de que no le hubieran cegado previamente, como acostumbraba a hacerse, no sólo en las películas, sino también en la propia realidad, cuando algo así sucedía.

Martin Henlein miró en derredor, pasado el primer momento de deslumbramiento. Descubrió que la casa distaba mucho de ser un caserón siniestro, a la usanza de tales casos. Todo era amplio, moderno, cuidado; muebles coloniales, empapelado decorativo, amplias ventanas, pero eso sí, todas ellas cegadas con minuciosa precisión, sin dejar escapar el menor resquicio de luz al exterior. Acolchadas, con adhesivos… Una labor concienzuda, limpia y precisa.

Martin Henlein iba de sorpresa en sorpresa. Aquella gente trabajaba con una seguridad pasmosa. No dejaban nada al azar, nada a la improvisación. Hasta el más nimio detalle estaba previamente calculado y todo riesgo previsto. Al menos, hasta el momento.

Henlein observó que los dos hombres se despojaban de sus máscaras de goma. Miró sus rostros, sorprendido. Un vago temor, una aprensión estremecedora, puso inquietud y tensión en su habitual serenidad y dominio de los nervios.

¿Por qué dejaban ver ahora sus rostros, antes enmascarados? Eso podía significar algo siniestro: que pensaban asesinarles, una vez cumplida la misión. Ellos mismos habían dicho algo sobre eso: los testigos eran peligrosos…

Y ellos dos, ahora, eran testigos de todo aquello. Y de la personalidad real, de la presencia física de sus raptores.

Les contempló, en silencio. Se sintió levemente sorprendido. Eran hombres de expresión fría, serena, inescrutable. No se podía decir que tuvieran nada siniestro ni perverso en su gesto o en su apariencia. Sencillamente, no revelaban emoción alguna, eso era todo.

Uno de ellos tenía cabello canoso, ondulado, peinado

cuidadosamente. Era el conductor del automóvil. El otro, levemente pelirrojo, era fuerte y de expresión firme, enérgico de mandíbulas dura la línea de su boca apretada.

Se despojaron de sus prendas para la lluvia. Vestían correcta y sobriamente. Ni un detalle de mal gusto ni una nota estridente. Henlein recordó lo que se hablaba de los hampones y pistoleros. Acostumbraban a ser muy diferentes a sus captores. Mucho.

—¿Sorprendido? —preguntó el hombre que llevara la voz cantante durante todo el tiempo, aquel fornido pelirrojo de expresión ruda.

—Un poco —admitió Henlein, ceñudo.

—¿Asustado?

—Preocupado, diría yo.

—¿Por qué?

—No me gusta que se quiten las máscaras. Imagino que no querrán ser identificados cuando esto termine..,

—Cuando esto termine, todo dará igual, doctor Henlein —sonrió el hombre, encogiéndose de hombros—. Puede creerme.

—Sé lo que imagina. Será mejor que guarde su arma, Mankiewicz —avisó el hombre canoso.

—Sí, señor —afirmó su compañero. Y hundió su automática en el bolsillo.

—¿Mankiewicz? —indagó Henlein, pensativo—. Eso suena a extranjero.

—Nuestro país, doctor, está hecho en su noventa y nueve por ciento de extranjeros. No creo que eso signifique nada.

—¿Son espías?

—¿Espías? —enarcó las cejas, mirándole con sorpresa—. No, creo que no acertó, doctor.

—De modo que son delincuentes vulgares, pese a todo.

—Si el rapto es un delito, habremos de admitir que somos delincuentes, en efecto —dijo el otro hombre, con una mueca—. Pero no perdamos tiempo charlando estérilmente. Recuerde, doctor, que su

paciente espera.

—Oh, el paciente... —Henlein asintió, tomando una mano de la enfermera Stoker—. Cierto. Vamos ya. Un minuto puede ser precioso para su vida...

—Para su vida, y para muchas cosas más. No lo sabe usted bien, doctor. Vamos ya...

Echó a andar tras ellos. La granja o residencia campestre, era mucho más amplia de lo que, a simple vista, parecía. Una de las habitaciones, tras un panel, reveló la presencia de una especie de montacargas, en el que descendieron hacia la planta baja ellos cinco: el hombre que les abriera la puerta, grave y taciturno, sus dos raptores, y ellos.

—Empiezo a sentirme asustada, doctor —musitó Lorna, con tensa voz.

—No tema nada —susurró Henlein—. Espero que todo salga bien.

—Es demasiado optimista. Esta gente nos asesinará, una vez cumplida la tarea, estoy convencida.

—Esperemos aún. No parecen especialmente inquietantes.

—Obran al margen de la ley, eso es evidente. ¿Cree que nos dejarán vivos, para que podamos identificar sus personas por medio de fotografías y fichas policiales, doctor Henlein?

—Sé lo que quiere decir. Pero hay algo en todo esto que no veo claro. Algo que me parece menos inquietante de lo que pudiera suponerse...

—¿Qué es ello, doctor?

—Si lo supiera...

El montacargas había llegado a su final de trayecto. Los acompañantes sonrieron con su frialdad habitual, invitándoles a salir. Obedecieron en silencio. Se vieron ante un corredor subterráneo, crudamente iluminado.

Un hombre permanecía allí, paseando. Llevaba camisa y chaleco. Y una pistola automática en su axila izquierda. No era todo ese detalle; también empuñaba un chato fusil ametrallador.

Saludó respetuoso a los compañeros de la pareja secuestrada.

Siguieron adelante, y al volver un recodo del pasaje, otros dos hombres aparecieron ante ellos, igualmente armados. También en esta ocasión saludaron con frío respeto, y les dejaron seguir adelante.

Alcanzaron una puerta metálica, herméticamente cerrada. El hombre del cabello canoso, se aproximó a ella. La golpeó de un modo especial, con intermitencias. Como hiciera arriba, en la puerta de entrada a la granja.

Un silencio. Chirrió algo. Se abrió una mirilla. Hubo un intercambio de murmullos en lengua extraña. Otra vez un santo y seña. Otra vez un cruce de consignas secretas. Cerróse la mirilla secamente. Una pausa.

Luego, suave, sin ruido, la puerta se abrió muy despacio. Les invitaron a pasar delante. Los tres hombres les siguieron. La puerta metálica se ajustó mecánicamente, por un sistema de cierre electrónico. Junto a ella, otros tres hombres armados montaban guardia, huraños y silenciosos.

—Demasiada gente armada —musitó Henlein—. El paciente es persona importante, no hay duda.

—Sí, pero ¿qué clase de persona, doctor? —fue el murmullo de respuesta de Lorna.

—Otra, pregunta sin respuesta... —dijo con sarcasmo el joven cirujano.

Avanzaron sin cambiar palabra ahora. Había una amplia sala de muros grises, bien iluminada. Al fondo, otra puerta. Henlein tuvo la impresión de que era la última, antes del gran secreto. Y acertó.

—Espere, doctor —murmuró con voz ahogada, como reverente, el hombre de pelo canoso.

Le vio Henlein inclinarse sobre una mesa provista de una serie de botones y controles. Pulsó uno de ellos. No se percibió nada allí, pero el doctor estuvo seguro de que alguien recibió, al otro lado de aquella puerta, el mensaje emitido.

Así fue. La puerta se abrió. Aparecieron dos personas. Dos personas increíblemente conocidas, mundialmente populares. Henlein pestañeó. También Lorna Stoker. Eran rostros popularizados por todos los medios informativos, difundidos por todas las cadenas de televisión y de noticias gráficas del mundo entero.

Un hombre joven, alto, rubio, atlètico, de cabello corto. Otro

hombre muy calvo, de erizada melena canosa, grandes gafas montadas en carey, ojos inteligentes, gesto abierto y cordial, figura rechoncha y sólida.

—¡El astronauta Gordon Greene! -—estalló, atónita, la voz de Henlein—. ¡Y el profesor Max Irwin!

—En efecto —sonrió el profesor—. Max Irwin, profesor en Física Nuclear por la Universidad de Princeton. Y el astronauta Gordon Greene, que recientemente viajó por el espacio exterior…

—Ustedes…, ¡ustedes también han sido secuestrados! —musitó Lorna Stoker, aturdida.

—No —negó el astronauta Greene, con una débil sonrisa—. No hemos sido secuestrados. Simplemente, fuimos llamados aquí para colaborar. Y aquí estamos, doctor Henlein. Esperándole a usted…

—¿A mí? —dudó Martin Henlein, perplejo, sin entender nada de todo aquello.

—Eso es. El paciente espera. Y hay tan poco tiempo ya…

—¿El paciente? —Henlein se sintió por vez primer irritado, furioso incluso—. Pero… ¿quién diablos es el paciente, caballeros?

—Es… el presidente de Estados Unidos —informó gravemente el profesor Irwin.

CAPITULO III

—El presidente de Estados Unidos...

—Supongo que ahora no le cabe duda ninguna, doctor.

Hubo un profundo silencio en el quirófano modernísimo, aséptico, blanco y deslumbrante, provisto de los últimos adelantos clínicos existentes.

Luego, la voz de Henlein sonó ahogada:

—No, no hay ninguna duda —aceptó. Y sus ojos permanecieron clavados en el hombre inerte, tendido sobre la mesa de operaciones, bajo los focos de luz espejeantes, sin encender todavía—. Es él. Es... el presidente.

—En persona —suspiró Max Irwin, sacudiendo la cabeza.

Henlein estudió las familiares facciones. Aquel rostro cordial, risueño, lleno siempre de jovialidad y energía. Ahora, extrañamente rígido, tenso, con una palidez cadavérica y el aspecto de un hombre dormido en plena crisis, sin reposo interior. Su respiración era rítmica. Le tomó el pulso. Excitado, anormal. La temperatura era también elevada.

—¿Qué le ocurre? —indagó.

—Está grave. Muy grave

—Ya. ¿Secreto de Estado?

—Secreto de Estado, sí.

—¿Nadie sabe nada?

—Nadie. Muy pocas personas, en realidad. Nosotros y ustedes dos ahora. Y los hombres del FBI y de la Guardia Presidencial, que vigilan en torno.

—¿Le han examinado a fondo?

—Exhaustivamente. El doctor Bergman lo hizo.

—Bergman... ¿Olaf Bergman, el neurólogo?

—El mismo, sí. Acompañado del doctor Von Klein.

—Von Klein no es neurólogo, profesor. El es… cancerólogo.

—Sí. De eso se trata.

—¿Cáncer?

—Cuando menos un tumor.

—¿Cerebral?

—Sí.

Otro silencio tenso. Lorna Stoker respiró con fuerza Inclinó la cabeza. El presidente continuaba su tenso sueño alucinante.

—Eso acostumbra a ser… incurable —dijo al fin, con esfuerzo.

—Lo sabemos. Bergman lo sabe. Von Klein también Usted coincide con ellos —el profesor Irwin rodeó la mesa de operaciones—. Sin embargo…

—Sin embargo… ¿qué?

—Hay que intentarlo todo.

—¿Quiere decir… la intervención quirúrgica?

—Sí. Y lo que sea. En el menor tiempo posible.

—Es absurdo. La cirugía precipitará el fin, usted lo sabe, ellos también lo saben. No se puede operar a ciegas…

—No será a ciegas, pero sí a la desesperada. Disponemos de poco tiempo para salvar su vida. Y la de muchos de nosotros, doctor Henlein. De mutuo acuerdo, todos le designaron a usted para esta tarea. Deberá sacrificarse. Por tu país, por su presidente. Y por el mundo. Quizá también por la paz y por el futuro de todos nosotros.

—Profesor, una intervención así requiere una serie Interminable de pruebas previas, un proceso médico Exhaustivo… Encefalogramas, radiografías… Análisis, estudio de la naturaleza del tumor…

—Todo eso está ahí —señaló Irwin un mueble metálico, al fondo del quirófano—. Puede examinarlo.

Silenciosamente, tras otra mirada al paciente, Henlein fue hacia el mueble. Lo abrió. Extrajo una carpeta. Una sola. Con tapas azules, sin nombre ni definición alguna. Examinó el *dossier*.

Había hasta diez radiografías, con fechas, horas y todo detalle

señalado. Varios encefalogramas hechos con intermitencias de una hora. Análisis, estudio radiológico y psico-mental del paciente… Un completo estudio del enfermo y de su mal.

Asombrado, alzó la cabeza. Miró al profesor Irwin. Exclamó, con perplejidad:

—Pero profesor, esto…, ¡esto no es el proceso normal de un tumor cerebral!

—Exacto, doctor Henlein —dijo una voz tras él—. No es el proceso normal, ni mucho menos. En realidad, es una forma cancerosa…, pero diferente a todas las demás. De su curación, doctor, dependen muchas cosas.

Sobre todas… la tercera guerra mundial. La guerra total. Si no salva al presidente, dentro de pocas horas… ¡estaremos en guerra nuclear con la China Roja!

* * *

Martin Henlein sacudió la cabeza. Miró con aturdimiento al hombre de cabellos canosos y gesto grave, el que condujera el coche raptor hasta la misteriosa granja aislada, en el mismo campo cercano a Washington, distrito de Columbia.

—Guerra nuclear… China Roja… Un tumor cerebral… No, no entiendo, señor.

—No me llame señor. Use sólo mi graduación. O mi nombre. Para usted, soy sólo un amigo, un camarada en este loco empeño de salvar al mundo. Coronel Edward Arlen. Sólo eso… Coronel Arlen, de la Junta d Asesoramiento Militar de la Casa Blanca…

—Coronel, ¿tiene sentido todo lo que estoy oyendo decir a ustedes desde que he llegado?

—Lo tiene… si conoce el punto clave.

—¿Punto clave?

—El tumor cerebral del presidente. Ese es el principio y fin de todo, doctor.

—Lo supongo…, pero no veo nada claro.

—Lo verá en seguida. Cuando conozca toda la historia. Tendré

que ser breve, porque disponemos de poco tiempo.

—Según el *dossier* clínico, coronel, lamento disentir de su opinión, pero ese tumor, pese a su extraña naturaleza... dista mucho de ser mortal aún.

—Y, sin embargo... tenemos muy poco tiempo. Muy pocas horas, doctor. Tan pocas, que pueden ser sólo una o dos, a partir de este momento...

—¡Una o dos horas! —enarcó las cejas, asombrado—. ¿Por qué?

—Porque entonces... nada ni nadie podrá evitar que todos, absolutamente todos nosotros seamos procesados por alta traición al país... y ejecutados como tales, por orden personal de nuestro presidente.

Reinó un silencio profundo, tenso, en el pequeño descacho donde ahora hablaban, a solas, el doctor Henlein, el coronel Arlen y el profesor Max Irwin, hasta entonces testigo silencioso de la singular entrevista.

—Cielos... —Martin inclinó la cabeza, aturdido—. No, no puedo entender. Parece una historia de locos.

—Y, sin embargo, todo es tremendamente lúcido, doctor Henlein.

—Mucho tendrá que hablar para persuadirme de eso, coronel.

—No. Harán falta pocas palabras. Muy pocas. Escúcheme...

Henlein escuchó.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Poco a poco, fue asintiendo. Y entendiendo. Entendiendo la tremenda, la horrible historia...

Una historia inaudita. Casi increíble.

O increíble del todo.

* * *

—¿Y bien, doctor...?

Martin Henlein paseó despacio, mientras la enfermera Lorna Stoker examinaba con atención el *dossier* clínico del presidente, facilitado a ellos por el coronel Arlen del Comité de Asesoramiento

Militar de la Casa Blanca.

—Es una historia delirante, Lorna. De no exponérmela un hombre serio, responsable y de gran autoridad en Washington y en el Pentágono sobre todo, no la hubiera admitido ni siquiera como plausible.

—Es evidente que el cerebro del presidente padece un auténtico tumor maligno. Pero lo raro de ese tumor, según las radiografías, es que..., que...

—Sí. Que ese tumor viaja —resopló Henlein—. Se mueve por el cerebro y cerebelo del enfermo..., sencillamente porque es un tumor distinto a todos los demás que traté en mi vida de neurocirujano.

—¿Qué clase de tumor puede ser ése, doctor?

—Lo que es: un tumor inoculado.

—¿Qué?

—Inoculado —repitió fríamente Martin Henlein—. Inoculado en su cuerpo. Por alguien.

—¿Por alguien...?

—Eso dije: por alguien. Es un acto criminal. Han alterado artificialmente el cerebro del presidente. Ese tumor ha cambiado su modo de ser, radicalmente. Ha hecho de él un ser peligroso. Terriblemente peligroso, Lorna.

—Peligro..., ¿nuestro propio presidente, doctor?

—Eso es lo tremendo. Buscaron el punto vital: el cerebro. En él, de alguna forma que nadie ha entendido todavía, un traidor inoculó o injertó el cuerpo extraño, el mal canceroso. Se ha desarrollado allí, y quizá por su propia naturaleza, de virus producido en un laboratorio, ha reaccionado de modo anómalo, y no se ha localizado en un punto concreto, sino que se ha ido moviendo, atacando los puntos vitales del cerebro enfermo, y llevándole así, paulatinamente, a una crisis psíquica total.

—¿Y... las consecuencias de esa crisis, doctor Henlein?

—Aterradoras. Movido por los efectos de ese mal, las reacciones del presidente son las de un obseso, un enfermo mental, un desequilibrado perfecto. Ello le ha conducido a una idea demencial: provocar la tercera Guerra Mundial.

—Dios mío...

Henlein paseó con aire preocupado, ceñudo, mordiéndose el labio inferior, abstraído profundamente en alguna idea obsesiva.

—Es terrible, sí. Estamos ante un caso insólito, estremecedor. Un hombre bueno, noble, inteligente y honesto, está a punto de causar la gran hecatombe temida por todos. Y sólo porque alguien desea que así sea.

—¿Quién, doctor? ¿Se conoce al..., al traidor?

—Se le conoce, sí. Es una persona de la total, absoluta confianza de todos, en especial del presidente mismo.

—¿Quién?

Henlein respiró con fuerza. Dio el nombre, y añadió:

—Ya sabe, Lorna. Es... el vicepresidente.

—¡Cielos! El segundo hombre fuerte del país...

—Exacto. El ha sido militar también. Pertenecía a los llamados halcones. Tuvo la suficiente astucia para engañar a todos, volviéndose de repente paloma, o, cuando menos, de aparentarlo, con perfecta naturalidad. De belicista acérrimo, se hizo pacifista, y lo peor es que su transformación resultó convincente. Engañó a todos. Mientras tanto, preparó su complot, minuciosa, fría, calladamente. El complot que le llevó, con aires de hombre popular y querido, a la vicepresidencia de la Nación como hombre leal al presidente electo. Sin embargo, después..., después dirigió la maniobra de inocular al presidente ese tumor artificial.

—¿Cómo han podido saber todo eso, por qué no han acusado ya al vicepresidente del delito de magnicidio, encarcelándolo por alta traición?

—No pueden, Lorna.

—¿No pueden?

—No. Todo esto es clandestino. Han secuestrado al presidente. No tienen pruebas para acusar al vicepresidente de todos esos cargos y éste, sin embargo, sí las tiene para acusarles a todos ellos de complot, rapto presidencial y un sinfín de cosas más. Se puede decir que tiene en estos momentos la sartén por el mango. Y al presidente mismo a su favor.

—¡No es posible!

—Lo es. Loma. El presidente no es un hombre normal en la actualidad. Está enfermo, preso de una psicosis, de una serie de ideas contrarias y, por desgracia, equivocadas. Para él, ahora, lo bueno es malo, y viceversa. Todo es un terrible error sin solución. O, mejor dicho, con una solución.

—¿Cuál?

—El tumor… Ha de ser extirpado. Como sea.

—Pero…, ¿cómo?

—¿Cómo? —Henlein hizo un ademán elocuente—. Eso quisiera yo saber. Es un callejón sin salida. No se puede operar. El tumor se mueve, eso es evidente. Se desplaza, como una dolencia nerviosa, pongamos por caso. Es disparatado, pero se aferra a ciertas zonas del cerebro, actúa sobre ellas, y luego se va a localizar en otro punto. Nunca vi nada igual. Pero, ¿qué puede esperarse de un cáncer injertado artificialmente? Alguien ha logrado aislar virus cancerígenos, y los ha introducido en la mente presidencial. Eso da motivo a fenómenos neurológicos que no logro entender, pero que hay que frenar de algún modo. A vida o muerte.

—¿A vida… o muerte?

—Sí. Veo que ha entendido, Lorna. Vamos a intervenir quirúrgicamente al presidente. Esa es la idea. Hemos de extirpar ese mal, y ni siquiera sabemos cómo. Hay noventa y nueve posibilidades entre cien, contra nosotros. Y sólo una favorable. Si fracasamos, y el presidente muere, que es lo probable y casi seguro, seremos todos acusados y procesados por alta traición, magnicidio y asesinato del primer mandatario de nuestro país, con todas sus consecuencias, que son fácilmente previsibles. El coronel Arlen será fusilado, y nosotros moriremos en forma civil, que a fin de cuentas es lo mismo.

—Y usted… va a afrontar el riesgo.

—No hay otro remedio. Si triunfamos, el presidente sabrá que su hombre de más confianza es un traidor. Abrirá los ojos a la verdad. Y será nuestra única posibilidad favorable.

—Hay otra posibilidad favorable para usted, doctor.

—¿Cuál, Lorna?

—Renunciar. Negarse a operar. Irse de aquí. O intentarlo, cuando

menos. Ahora sabemos que no son pistoleros ni criminales, sino gente de Estado. No se atreverá a ejecutarnos, sólo por negarse a un acto suicida, prácticamente sin la menor posibilidad.

—Estoy seguro de que no van a forzarnos, si nos negamos a actuar, Lorna. ¿Qué decide usted?

—¿Yo? —pestañeó ella—. Es usted, doctor, quien debe decidir.

—¿Qué espera que haga? Soy un ciudadano americano. Pero, ante todo, soy un médico, un cirujano.

—Y ha decidido ya, ¿no es eso? —sonrió Lorna Stoker, gravemente.

—Sí. Creo que... he decidido ya. Al menos, por mi mismo. Usted, por supuesto, no entra en la decisión. Es dueña de sí misma. Puede marcharse. Ellos le exigirán un tiempo aislada para que no informe a nadie de lo que sucede, pero eso será todo. Un amable rapto, en cualquier caso, sin graves consecuencias. Luego, la libertad Y el regreso a su vida normal, al Centro Médico...

—¿Y... usted?

—Yo... —se encogió de hombros. Sonrió—. Soy cirujano, Lorna. Soy un hombre que se cree obligado a ayudar a su país y a su primer ciudadano. Correré ese riesgo.

—Sin ninguna posibilidad a favor.

—Eso es. Sin ninguna posibilidad a favor.

—¿Desde cuándo es la cirugía neurològica un medio seguro de salvar una vida amenazada por el cáncer cerebral, doctor Henlein?

—Desde nunca —confesó él, con un suspiro.

—De modo que será... como matar al presidente.

—Me temo que sí.

—¿Eso es... lo que haría un buen americano?

—No sé. Es lo que haría un médico. Y un ciudadano del mundo, Lorna. No sólo pienso en mi presidente, enfermo y equivocado. Ni en mis compatriotas, en peligro de morir en una aterradora conflagración mundial. Pienso en millones de chinos amenazados de igual suerte, en tanto confían ellos en nuestro pacto de amistad mutua y duradera. Y en otros países y gentes, forzosamente afectadas por un caos total

como ése…

—Y va a sacrificarse por todos. Por los demás. Posiblemente de modo estéril…

—Posiblemente —aceptó Henlein, extendiendo sus manos, con una sonrisa—. Es mi deber. Y lo haré. Váyase, Lorna. Hablaré ahora mismo, y la enviarán a algún punto secreto, donde espere, aislada, a ser puesta en libertad definitiva y…

—Doctor, una pregunta aún.

La miró, sorprendido por lo enérgico de su tono. Enarcó las cejas.

—¿Cuál, Lorna? —quiso saber.

—¿Qué técnica quirúrgica va a emplear en el caso?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —se asombró ella.

—No, no lo sé. Es algo nuevo. Algo revolucionario. Sea ello lo que fuere, el coronel Arlen lo sabe. Y el profesor Irwin también.

—Pero usted…, usted ha de ser el cirujano, no ellos,

—Me han asegurado que es una técnica que entenderé rápidamente. Espero que no haya dificultades. Me eligieron a mí porque me adapto a sus ideas. Y a la de los doctores Bergman y Von Klein, que asesoraron el proyecto.

—El proyecto… Es sólo un proyecto… con la vida de un hombre en juego: la del presidente de Estados Unidos.

—Es algo más que eso —rectificó amablemente Martin Henlein—, Es un proyecto… con mil quinientos millones de vidas en juego…

Lorna Stoker no respondió a eso. Se encaminó a un rincón de la estancia donde estaban conversando. No lejos de ellos, hombres del FBI, de la Guardia Presidencial y del Pentágono, leales al coronel Arlen, montaban guardia. No lejos de ellos, un hombre agonizaba, en una mesa de operaciones, con un tumor cerebral que se desplazaba por su masa encefálica como buscando el mejor lugar donde situarse.

Allí, sin embargo, todo parecía normal, incluso burgués y rutinario. Había copias de cuadros británicos de Reynolds y de Gainsborough en los muros, enmarcados en un dorado severo, sobrio. Muebles coloniales, una efigie en bronce de Paul Revere, y un busto

del presidente Washington.

Era lo más alejado de un mundo de ficción y fantasía. Sin embargo, allí mismo, un presidente poderoso, el de la más fuerte nación del mundo, había sido secuestrado por sus más leales colaboradores, a la espera de una operación milagrosa, contra algo que formaba parte de una conspiración científica y política de altos vuelos.

—Parece imposible, doctor… —gimió entre dientes Lorna, aferrándose la cabeza con ambas manos, a la altura de sus sienes.

—Sí, lo sé. Totalmente imposible. Pero está ocurriendo.

—Y no hay…, ¿no hay la menor posibilidad de que…, de que sean ellos, esta gente que nos ha acogido ahora… la que esté mezclada en el complot?

—Sospecho que no. La naturaleza del tumor es obvia: enloquecerá al presidente por momentos. Cuando alcance su cerebelo, y se posesione de él, le dictará los más absurdos y desquiciados sentimientos. Puede ser manejado perfectamente, por alguien con la inteligencia y maldad suficiente para ello. Luego… morirá. Y, según la Constitución, el vicepresidente será presidente accidental de Estados Unidos, afrontando todas sus consecuencias. Para entonces, la guerra nuclear mundial será un hecho, todos se estarán destrozando entre sí, los belicistas y los grandes *trusts* habrán logrado sus objetivos… y se hará una paz sobre ruinas y muerte universal, cuando convenga a los supervivientes. Ese es el gran plan, en rasgos superficiales, Lorna.

—Ya veo… —le miró, casi patética—. Dios mío, ¿quién le iba a decir, doctor… que usted formaría parte de la más terrible y decisiva resolución que jamás se haya tomado?

—Así ha ocurrido. Aceptemos el destino como fue, Lorna. Y no hablemos más de ello. Debo reunirme con Irwin, el coronel y los doctores, para decidir el plan quirúrgico a seguir. El país no sabe nada sobre lo que sucede en estos momentos. Es un Top Secret, un asunto entre bastidores. Ese asunto sólo lo conocemos nosotros y los que vienen a buscar al presidente y conocen juego del coronel Arlen y del profesor Irwin. Están bui cando el paradero del presidente. Es cuestión de hora que den con él. Yo diría que no más de dos horas.

—¡Dos horas!

—Sí. Hay indicios de que el cerco militar del vicepresidente está muy próximo. Conocen esta granja, aun que no la asociarán de

momento con lo ocurrido. A final, inevitablemente, sí darán con ella y registrará hasta sus cimientos. Todo el distrito federal está en manos de los leales al vicepresidente. La búsqueda es agotadora, incesante.

—Dos horas… no bastarán para lo que usted pueda intentar en ese tumor, y bien lo sabe, doctor Henlein Una intervención cerebral… ¡requiere horas y horas!

—Ellos…, ellos me han garantizado que, si acepto su nuevo procedimiento, será cosa de media a una hora como tope.

—Es imposible, compréndalo.

—Lo comprendo mejor que nadie. Es mi trabajo Lorna, no lo olvide. Insistí sobre eso, y me dieron garantías absolutas de que la intervención quirúrgica no durará más de cincuenta minutos, en el peor de los casos,

—Y usted… aceptó.

—Sí. En principio, acepté. Están preparando todo.

—¿Sabe algo sobre esa extraña y nueva técnica?

—No. No sé nada de nada, palabra.

—Bien, doctor —ella le miró con simpatía. Sacudió la cabeza—. Es usted un gran hombre. Y un médico honesto. Le felicito por su valor. Si yo desertase ahora, no tendría perdón.

—Lorna, no se precipite. Usted debe marcharse, salir de este asunto, donde entró por puro accidente, y…

—Es tarde para disuadirme, doctor. Tomé ya mi decisión —sonrió con amplitud—. Me quedo.

—¡Lorna!

—Me quedo con usted. Seré su ayudante en esa fantástica intervención de tan pocos minutos, para extirpar un cáncer en movimiento… ocurra lo que ocurra. Como ya lo fui otras veces, en intervenciones normales.

—Lorna, debería meditar, darse cuenta de que…

—¿Ha meditado usted? ¿Se ha dado cuenta de todos esos riesgos?

—Sí. De todos.

—Yo también. No hablemos más, doctor —tomó su mano, y la apretó con fuerza—. ¿No me quiere a su lado… en el quirófano?

—Lorna, Dios la bendiga —la miró, sonriente, complacido. Oprimió también con energía aquellos largos, sensitivos dedos de suave piel—. Sí, la quiero a mi lado… una vez más.

—Gracias —musitó ella—. ¿Vamos ya?

Era admirable su valor, su decisión. La puerta de la estancia se abrió. El coronel Arlen estaba allí, con amplia sonrisa.

—Perdonen la indiscreción, pero hemos escuchado toda su charla —dijo—. No podemos dejar nada al azar, entiéndanlo. Nos complace que usted, señorita Stoker, actúe de enfermera en este caso. Pero le aseguro que va a ser una intervención… muy diferente a todo lo que usted haya conocido hasta hoy.

—No importa. No me apartaré del lado del doctor Henlein, palabra.

—Espere a saber ciertos detalles, se lo ruego —insistió el coronel.

—No harán falta.

El gesto del militar leal al presidente, fue muy extraño cuando se inclinó, sonriente, y avisó:

—Por favor, no se precipite. Espere un poco todavía… Va a saber usted, dentro de pocos minutos… algo realmente insólito. Si entonces sigue decidida a ser la enfermera del doctor Henlein… la aceptaré. Pero entonces, y sólo entonces, que conste…

—No me asusta usted. Por malas que sean las condiciones en que se realice una intervención quirúrgica en un cerebro humano…, a fin de cuentas, todas ellas vienen a ser parecidas.

—No, enfermera Stoker —negó el coronel, sombrío— Le aseguro que no. Esta…, ésta no es parecida a ninguna otra. A ninguna.

CAPITULO IV

Era un largo, profundo silencio. Larguísimo, en realidad.

Martin Henlein, lívido, estudió a sus compañeros con asombro. Miró de soslayo a Lorna. Estaba tan pálida como él.

—No habrán hablado en serio... —murmuró.

—¿Usted cree que bromearíamos en esta situación? —objetó el profesor Irwin.

Henlein negó, despacio. Inclinó la cabeza, aturdido.

—No —admitió—. Supongo que no... Aun así... es..., es tan increíble...

—Entiendo lo que siente —era Gordon Greene, el astronauta, quien hablaba—. Experimenté algo parecido cuando me dijeron que estaba destinado a ese último vuelo espacial, doctor.

—Esto es diferente, Greene —rechazó Henlein—. Peor, mil veces peor que un viaje espacial a cualquier planeta. Es..., es como hablar... de..., de otra dimensión.

Siguió otro profundo silencio, en el que nadie parecía dispuesto a hablar, exponiendo alguna idea. Como un monocorde ritmo de fondo, un reloj de pared iba desgranando su tic-tac implacable, mientras su péndulo oscilaba, marcando el transcurso de los segundos.

—Señores, disponemos de muy poco tiempo —avisó el coronel Arlen, tras escuchar por un auricular que situó sobre un control radiotelefónico—. El cerco federal y militar se estrecha. La región está acordonada. Los grupos avanzan, con detectores electromagnéticos. Descubrirán este lugar. Y no habrá remedio.

—¿Cuánto tiempo cree que nos queda? —indagó Irwin, nervioso.

—En el mejor de los casos, no más de setenta y cinco a ochenta minutos, diría yo. Pueden ser dos horas, pero entonces ya el peligro será total. Ellos estarán virtual mente encima.

—Imagine..., imagine que ellos llegan... en plena tarea —habló roncamente Henlein.

—Entonces... —hizo un ademán expresivo Arlen— Usted sabe,

doctor. Es uno de los riesgos. Sería el fin. Para todos.

—Incluido el presidente, claro.

—Incluido el presidente, sí.

—Y nos asesinarían, pretextando la ejecución de unos traidores.

—Eso es. A ustedes, no haría falta. Morirían con él. Nosotros caeríamos todos...

—Y nos quedaríamos encerrados en..., en esa especie de nueva dimensión.

—Hasta morir con el presidente, sí.

—Cielos, es..., es horrendo imaginarlo...

—Pues frene su imaginación. Decida, y rápido —el coronel examinó su reloj de pulsera—. Le doy sólo dos minutos, doctor Henlein. Es todo el tiempo de que dispongo.

Dos minutos.

Martin sabía ahora cuán importantes y decisivos eran los minutos, los segundos incluso. Cada uno de ellos podía significar la diferencia entre todo o nada, entre un triunfo o un fracaso, entre la vida o la muerte, no sólo de él, sino de millones de seres.

Aun así, agotó su tiempo. Los dos minutos de honda, silenciosa, grave, tensa reflexión.

A su alrededor, ni una mosca zumbaba, ni un ruido externo llegaba. Parecía, incluso, que nadie respirase.

Como si el mundo mismo se hubiera detenido. Aunque fuese sólo una impresión engañosa. Aunque en realidad, nada sino ellos mismos estuviera detenido realmente, a la espera de una decisión alucinante, estremecedora, sin precedentes en la historia misma de la Humanidad.

—Dos minutos —avisó roncamente el profesor Max Irwin, tras mirar su propio reloj.

Y miró a Henlein. Todos le miraron. En especial, el coronel Arlen, pálido y tenso.

—Sí —dijo Martin Henlein, inclinando la cabeza—. Me decido, señores. Acepto.

—Yo también —apoyó Lorna Stoker, tras una leve duda.

Los ojos de Arlen brillaron. El militar dominó su emoción entrelazando las rudas manos y bajando la canosa cabeza, pensativo.

—Bien... —musitó. Alzó luego la mirada hacia su hombre de confianza—. Mankiewicz, prepare todo. No hay tiempo que perder.

—Sí, señor —dijo el segundo de los raptores de Henlein y de Lorna—. En seguida...

Desapareció, por la puerta del fondo, sin vacilar. El silencio era impresionante.

—Usted..., usted sabe a lo que se arriesga, ¿verdad, señorita Stoker? —indagó afablemente Irwin, acercándose a la enfermera.

Ella, valerosa, le sostuvo la mirada. Incluso tuvo ánimos para sonreír.

—Sí —dijo—. Es una locura, pero acepto, a sabiendas de los riesgos, profesor.

—No, no es una locura. Es un rasgo hermoso, señorita Stoker —declaró Irwin—. Nada tiene que temer en cuanto al proceso mismo del sistema. Es creación mía. Mi gran obra. Jamás me falló..., aunque nunca, antes de ahora, experimenté con seres humanos.

—Dios mío —jadeó Henlein, enjugándose el sudor del rostro—. ¿Y somos, precisamente nosotros, quienes...?

—Sí, precisamente ustedes —les miró, con energía—. No habrá fallos en eso. El mayor riesgo está en los demás factores que intervienen en el asunto. Ustedes saben cuáles son. También puede ocurrir que lleguen ellos... y todo se termine. Pero a fin de cuentas..., ¿qué importa morir en este mundo, en otro gigantesco... o en otro infinitamente pequeño, amigos míos, si el motivo que nos llevó a ello, merecía realmente la pena?

—Infinitamente pequeño... —repitió—. Así será nuestra nueva Dimensión, ¿verdad, profesor?

—Sí. El hombre es un pequeño, diminuto fragmento de la Creación. El cerebro de un hombre suponen sólo mil quinientos o mil seiscientos centímetros cúbicos de capacidad. Y justamente en esa pequeña dimensión, doctor Henlein, van a moverse ustedes dos y el astronauta Greene... en un viaje al interior de' la masa encefálica del presidente de Estados Unidos...

* * *

—Dentro de un cerebro humano vivo… ¿Cómo, Dios mío?

—Vamos a saberlo pronto, Lorna. Esté preparada para todo.

—¿Cree que no lo estoy? —se ajustó su blanco, aséptico uniforme esterilizado, plástico y liviano, que ajustó con sus cremalleras, igualmente plásticas. No pesaba, no molestaba en los movimientos, y era como una malla hermética, con escafandra ajustada a la cabeza, transparente y flexible, dotada de conductos respiratorios y equipos plásticos de oxígeno concentrado. Manos y pies se envolvían en guantes y calzado unido al propio uniforme. Que si en ella era impolutamente blanco, en Henlein era verde suave, y en el astronauta Greene era naranja, igualmente suave. Tres tonos distintos. Tres fundas plásticas para sus cuerpos. Tres uniformes casi espaciales.

Pero ellos iban a conquistar otro espacio más reducido: el propio hombre. El ser humano por dentro. Un simple cerebro enfermo.

El astronauta Greene, impasible y hermético, como si aquello formase parte de una vulgar rutina, había terminado de prepararse. Sonrió a ambos, al ver su nerviosismo.

—Fue mucho peor lo del *Planetarius-3* —explicó—. Al rebasar la Luna, creí que íbamos a morir todos, camino de Marte…

—Pero se movían en un ambiente familiar, en un espacio amplio… y con su propio tamaño —rechazó Lorna Stoker—. Ahora…, ahora vamos a ser convertidos en algo increíblemente pequeño, Greene…

—¿Pequeño dice? —rió el astronauta—. Es poco decir. Seremos tan microscópicos, que ustedes dos y yo, dentro de la *Plastic-Y*, abultaremos menos que una simple burbuja de sangre. De esa forma, viajaremos por el interior de un cráneo humano, como quien visita un mundo prohibido y fantástico…

—Es horrible —se estremeció Lorna—. Viajar por un cerebro… Por entre células grises, entre centros nerviosos, riegos sanguíneos, en una masa tan pequeña y tan desconocida como es la encefálica…

—Ese es el gran descubrimiento científico del profesor Irwin: la micro-transportación. Un simple bombardeo de ciertas ondas sobre nuestros cuerpos… y la reducción a lo infinitamente pequeño. Eso, durante un período de tiempo determinado, y en determinadas y

severas condiciones. Algo alucinante, ¿no?

—Algo aterrador —comentó Henlein, ceñudo—. Pero lo hemos aceptado. Y así se ha de hacer ahora. Como si formase parte de una vulgar intervención quirúrgica, en un quirófano cualquiera...

Un quirófano que será el propio cerebro del presidente. Unos cirujanos que actuaremos sobre la propia masa encefálica..., pero dentro del cráneo... —se expresó Lorna Stoker—. Es como una pesadilla, como..., como una fantasía inverosímil.

—Muchas realidades de hoy fueron fantasía en el pasado —citó Greene—. No hablemos de mi propio oficio, amigos míos. He viajado por el espacio, he puesto el pie en la Luna, he circundado Marte... y ahora, con una nave similar, voy a circundar un nuevo planeta... o lo que sea: la mente humana.

—La mente humana... —repitió Henlein, reflexivo—. Cielos, qué maravilla... y qué horror a la misma vez. Una dimensión nueva, increíble. La más inaudita dimensión que jamás imaginé. Algo que conozco por mí mismo, desde mi propia situación, con las manos de cirujano, con el bisturí, con el pulso, con el tacto... y que jamás visité ni, posiblemente, visitaré de nuevo en esa forma. Sintiéndome como un simple corpúsculo, una molécula, casi un átomo, perdido entre el cráneo y el encéfalo, en el periplo más aterrador y maravilloso, a la vez, que un hombre pudo imaginar.

—¿Cómo..., cómo sucederá todo?

La pregunta era de ella, de la enfermera Stoker. La curiosidad femenina, acentuada hasta los límites máximos por el prodigio inminente, había estallado en esa interrogante que condensaba toda la avidez informativa, no sólo suya, sino de Henlein mismo. Y del propio Greene, el astronauta convertido ahora en futuro explorador de otros espacios no menos ignotos: el interior del ser viviente, del cuerpo humano.

—¿Suceder? —Greene paseó ajustándose su atavío color naranja —. Será simple. Muy simple. He visto hacerlo con unos cobayas dentro de una reproducción del *Plastic-Y*. Era algo fantástico y aterrador a la vez. Se situaban todos bajo un proyector de energía. Esta actuaba, accionada por el profesor Irwin desde sus controles, La descarga energética disolvía, en apariencia, vehículo y ocupantes. Pero mediante un sistema de microscopio electrónico, los presentes asistíamos a lo ocurrido. La nave y sus cobayas continuaban allí..., pero reducidas a la ínfima expresión material. Eran invisibles. No sólo

a vista normal, sino incluso con potentes lupas; un microscopio normal, revelaba una especie de burbuja ocupada por seres vivos. Eso era todo.

—¿Y... luego?

—Luego, se realizaba la segunda maravilla. Una jeringuilla especial tomaba ese cuerpo ultra-reducido. Y lo inyectaba en un ser viviente, a la altura de su carótida, desde la cual, rápidamente, el riego sanguíneo del cerebro le conducía hasta... el cerebro mismo.

—Siga, Greene —pidió ahora el doctor Martin Henlein, fascinado, la vista clavada en el joven astronauta que iba a ser su camarada de inaudito viaje—. ¿Qué más podía vislumbrar usted a través del microscopio electrónico?

—La llegada al encéfalo. Esta se producía por vía natural, a través de ese riego sanguíneo. Alcanzaba el cerebelo, el bulbo raquídeo, y circulaba, como una nave, evolucionando sobre los lóbulos y pedúnculos cerebrales, en busca del punto elegido, que se señalaba previamente, por control remoto, ya que los cobayas no eran capaces de actuar por sí mismos.

—Nosotros también seremos cobayas ahora, Greene —le recordó Henlein—. ¿Qué será de nuestras personas, dentro de ese extraño universo?

—No lo sé, Henlein. Ni me importa. Arriesgo la vida, y lo sé. La he arriesgado ya en el espacio, en la Luna, y sobrevolando Marte en vuelo orbital, sin preocuparme que la perdiera o la conservase. Creo que en nuestra época de tecnología, ciencia y avance ininterrumpido, todos hemos de ser integrantes de un sacrificio cotidiano y total. Unos son héroes y otros simples víctimas. Los demás se beneficiarán de unos y otros. Bien; está hecho así, y así debe ser. El papel asignado a cada uno de nosotros, es inevitable. Lo acepto. No me importará morir en esto o en otra misión, sea donde fuere: en el interior de un cuerpo humano... o en el amplio e infinito espacio sideral, Henlein.

El cirujano asintió, pensativo. Paseó, a lo largo de la cámara de esterilización.

—Creo que tiene razón —aceptó—. Hay que vivir y morir por algo. Pasar sin ser nada ni nadie, sin hacer nada por los demás, creo que no vale la pena. Después de todo, nosotros mismos somos un universo, nuestro interior es un espacio casi galáctico...

—Me gusta que piense así, doctor. Dentro de nuestra nave, vamos

a perseguir, dentro de ese raro Universo, a un planeta extraño, fantástico y, posiblemente, tan mortífero para nosotros como para el cerebro del presidente.

—¿El... tumor?

—El tumor, sí. Sea cáncer, o sea lo que quiera ser, puesto que es producto de laboratorio, una serie de virus inyectados artificialmente en ese cráneo. Constituye un cuerpo maligno a cazar. Y a destruir, claro está.

—Lo malo es que, dentro de ese espacio nuevo, de esa dimensión reducida, Greene..., dependeremos de demasiadas cosas: de nosotros mismos, en principio. De la resistencia del cuerpo, después. No olvide que existen anticuerpos en el ser viviente, que correrán a aniquilarnos, apenas detecten nuestra presencia dentro del presidente. Y, por último, el tumor... y los demás. Los que están fuera. El vicepresidente, los conspiradores... Si ellos llegan antes de lo previsto, moriremos, abandonados, dentro de ese cerebro, a la vez que dejan morir al presidente y culpan de ello a Irwin, al coronel Arlen y a los demás.

—Sé todo eso, Henlein. Mejor que usted, puesto que estoy metido en el proyecto antes que nadie. Mi nave *Plastic-Y* es la que mejor admite la reducción a microorganismo, capaz de ser inyectado en un cuerpo humano. Y dentro de ella, incluso podríamos ir seis seres vivientes. Pero sólo seremos tres: yo, conduciendo. Usted, doctor, para operar. Y la enfermera Stoker, como ayudante. Tres, frente a millones de peligros...

—¿Quién iba a ir, en principio?

—El doctor Von Klein.

—¿Por qué no va?

—Es sólo un cancerologo. Y tiene cincuenta años. No se cree capaz de resistirlo. Ha renunciado, en favor de la enfermera Stoker. Irwin encuentra bien la idea, y la aceptó.

—Espero que el doctor Seldom von Klein no cometa ninguna imprudencia ahora...

—Oh, no. Se ausentó, con el doctor Olaf Bergman, el neurólogo, apenas supieron de su presencia aquí. El coronel Arlen les puso a seguro, protegiéndoles de cualquier acción federal, movida por el vicepresidente. No teman por ese lado, Henlein.

—Yo, en realidad, temo por todos lados, Greene —sonrió

fríamente el cirujano—. Soy un médico, no un astronauta.

—Sí, en eso tiene razón —rió de buena gana Gordon Greene, a través de sus sistemas audífonos del atavío espacial—. Ahora, vamos ya. La luz roja se ha encendido. Estamos en plena cuenta atrás, como se dice en lenguaje astronàutico. Dentro de pocos minutos, doctor, estaremos sometidos a la acción de los bombardeos de energía que nos convertirán en micro-organismos.

Henlein asintió. Cambió una mirada con Lorna Stoker. Ella parecía tranquila, llena de increíble serenidad. El también. Se sonrieron mutuamente, incluso. Siguieron a Greene, que era ya un veterano, en eso de dirigirse rumbo a viajes insólitos.

Aunque, quizá, ningún viaje, antes o después, sería ya como éste, en la vida de él o de cualquier otro miembro de la NASA, destinado a ser astronauta...

CAPITULO V

Era el proyector *Mikron*.

La obra suprema de la ciencia nuclear. Una genialidad del hombre. Del profesor Max Irwin, en suma.

El *Mikron* empezaba a zumbar, insistente, monocorde, sobre las cabezas de los tres elegidos. Y sobre el *Ptastic-Y*.

Era una vasta estancia, vecina al quirófano donde reposaba, en estado de coma, el presidente de Estados Unidos. Allí, una especie de cápsula ovoide, de unas diez yardas de longitud, por sólo cinco o seis de anchura, y no más de tres de altura, recibía la descarga azulada del proyector.

La vibración se hacía insoportable por momentos. Greene, Henlein y la enfermera Stoker, cerraban sus ojos, sujetos firmemente a sus asientos, rodeados de aquel plástico, mitad translúcido, mitad opaco, que formaba la liviana nave. La luz azul, lívida, deslumbrante, vibratoria como el zumbido tenso que hería los tímpanos, iba penetrando a oleadas en el interior.

Luego, de repente, se hizo un silencio brusco. Los cuerpos humanos parecieron distenderse, deformarse, como si fueran a derretirse, convirtiéndose en cera goteante. Por fin, el zumbido alcanzó un paroxismo súbito, al reanudarse. La luz centelleó.

Y, a la vista de todos... la nave desapareció.

El profesor Irwin respiró hondo. Cambió una mirada con el coronel Edward Arlen. Ambos hombres, muy pálidos, apenas si respiraban.

—¿Qué..., qué sucedió? —preguntó, en un murmullo, el militar.

Irwin le pidió silencio con un gesto. Bajó la mano, dejando de pulsar el botón del bombardeo de ondas sobre la nave. Miró el vacío. Sus ojos brillaban.

—Chissst... —musitó—. Puede romperles los tímpanos con su voz, por poco alto que hable, coronel. Recuerde: los ruidos ahora, serán para ellos como descargas aterradoras de sonido insoportable. Son diminutos. Muy diminutos. Y están ahí.

—Ahí... ¿Dónde? —quiso saber Irwin, en un hilo de voz.

—Vea, coronel. Ese pequeño círculo, apenas una mancha en el suelo. No se acerque. Podría pisar, aplastar el cuerpo invisible situado sobre él. Era el centro geométrico del emplazamiento de la nave *Plastic-Y*. La miniaturización se produce en todos sentidos a la vez. Por tanto, el centro geométrico, señalado por la computadora, es el correcto. Ahí están ellos. Y la nave.

—¿Y... si hubiera fallado? —tragó saliva Irwin—. Si estuviesen... desintegrados.'

—Entonces... —Irwin respiró hondo—. Todo se habría perdido, coronel. Pero el microscopio electrónico nos dará la respuesta...

Movió un mando. Sobre aquel punto diminuto, que nada parecía contener, en medio del terso, brillante, aséptico suelo de aquella cámara especial, se concentró un haz de luz blanca, desde el techo. Descendió un objetivo magnético, que se concentró en el lugar señalado. Irwin pulsó dos botones más. Se encendió una amplia pantalla de televisión. En ella, en color, apareció un círculo azulado. Era el suelo. La luz blanca era deslumbrante en la pantalla electrónica. El punto de dimensiones microscópicas, se amplió más y más, a medida que accionaba Irwin los resortes de proyección.

De repente, lo vieron.

Estaba allí. Vidrioso, mitad translúcido, mitad opaco. Con visores frontales y laterales. Ovoide, cristalino. Y dentro, agitándose, tres personas llenas de vida, aunque invisibles a simple vista.

—Lo logramos —jadeó Irwin, mortalmente pálido, con ojos desorbitados—. Lo logramos... Son ellos.

Y dirigió su mano, con firmeza, hacia una aguja hipodérmica situada junto a él, a la que aplicó, con sus manos enguantadas, una jeringuilla especial, repleta de un líquido incoloro, levemente rosado.

* * *

—¿Ve algo, doctor?

—No. Nada. Pero he sentido algo especial en mí...

—Estoy seguro. Lo lograron. Estamos reducidos a dimensiones microscópicas.

—Deberíamos ver, entonces, a Irwin y al coronel —señaló Lorna Stoker—. Gigantescos, claro. Como a personajes de Jonathan Swift...
—No, enfermera —negó Greene—. Eso no puede sucedernos ahora.

—¿Por qué no?

—Es obvio, Lorna —terció Henlein, pensativo—. Estamos reducidos a tal tamaño, que para nosotros, un simple dedo sería como un planeta. La distancia nuestra hasta el profesor Irwin o el coronel Arlen, es, comparada a nuestro tamaño normal, de miles de millas de distancia. La luz nos deslumbra. Es como vivir bajo cien soles, y no nos abrasamos, porque la iluminación utilizada es fría, y el ambiente se refrigera constantemente en esta cámara, para evitar nuestra combustión. Tiene que comprenderlo, Lorna, y hacerse a la idea. Desde este momento, somos algo insignificante, algo perdido, invisible, dentro de una dimensión colosal, inconcebiblemente grande, donde una escasa distancia es un mundo, y donde una distancia considerable... constituyen para nosotros millones de años-luz...

—Va a costarme pensar todo eso —se quejó Lorna, estremecida—. Me veo y me siento lo mismo que antes de suceder lo que haya sucedido...

—Pero antes veíamos unas paredes, unas luces, unos cuerpos, unas personas... —Greene sacudió la cabeza. Señaló afuera, por las ventanas ovaladas, límpidas—, Ahora no vemos nada. Ni nada veremos, en tanto no entremos en los tejidos humanos del presidente de Estados Unidos... en camino hacia su cerebro.

—Y eso va a suceder...

—Ahora —dijo roncamente Greene—. Ahora mismo, Vea eso, enfermera...

Lorna se inclinó sobre el visor. Emitió un grito agudo. Retrocedió, se abrazó instintivamente a quien más cerca tenía. Unos firmes, musculosos brazos, rodearon su joven figura amedrentada.

—¡Un cuerpo extraño se acerca! —chilló ella—. ¡Es un largo, un rígido túnel de acero, de negra boca, que va a absorbernos...!

Era cierto. El doctor Henlein miró por los visores. Todo se oscureció. La nave bamboleóse, fue absorbida, como succionada por una terrible fuerza que la engullera hacia una sima negra e insondable, eterna para ellos...

Después, bruscamente, tras un viaje acelerado, que puso a prueba

su resistencia al vértigo, se vieron repentinamente flotando en algo rosado, luminescente, líquido, como la profundidad de un mar fantástico, carente de peces y de toda clase de cuerpos. Algo límpido, donde la nave flotaba como un submarino averiado.

—¿Qué..., qué es esto? —murmuró Lorna, asustada, estremecida.

—Cálmese, Lorna —sonrió Henlein, consultando sus datos, computados por la pequeña y perfecta máquina electrónica de a bordo —. Todo va conforme está previsto en el programa. El tubo oscuro que nos absorbió... era una simple aguja hipodérmica. Ahora, flotamos en el líquido raquídeo que va a llevarnos al bulbo cerebral del presidente..., dentro de una jeringuilla hipodérmica. El profesor Irwin lo ha logrado. Todo está saliendo bien, por ahora, naturalmente...

Y, de súbito, un alud de burbujas, un caos en el mar rosado, les lanzó hacia un tubo oscuro e interminable nuevamente. El viaje vertiginoso, túnel abajo, prosiguió durante un período de tiempo increíblemente largo... Sin embargo, Henlein sabía ahora que sus dimensiones eran microscópicas y, por tanto, cada minuto del exterior, sería para ellos un montón de horas interminables... Estarían inyectados en el presidente, dentro de un momento. Para la expedición, lanzada a aquella insólita dimensión de las conquistas tecnológicas y científicas, ese tiempo brevísimo constituiría horas interminables de tiempo relativo.

Después... sólo aquella media hora escasa de que en realidad disponían en su dimensión normal, sería dentro del cerebro del presidente, un periplo casi cósmico, un auténtico viaje a lo desconocido, con sus jornadas de trabajo, de ejercicio, de reposo, de relajamiento, de tensión...

Cuando un puñado de seres vivos y una nave, son reducidos a algo inferior a una simple burbuja diminuta, viajando por la materia grisácea del bulbo raquídeo de un ser viviente, en dirección al cerebro..., un minuto es una eternidad. Y media hora, es un picnic galáctico, digno de un relato de Bradbury...

Afuera, tras la oscuridad inicial, se tornó todo de un gris plomizo, con la claridad lívida de un denso día nublado, en cualquier lugar de un mundo ignoto.

Henlein, impresionado como nunca lo estuviera, creyó reconocer aquel ámbito fantasmal y alucinante:

—Cielos... Estamos viajando por el interior de las vértebras humanas... Empujados hacia el cerebro por entre el líquido raquídeo...

Impulsados a medias por nuestra energía propia, por la inercia humana misma... y por los controles remotos del profesor Irwin... Nuestras baterías funcionan a bordo, emitiendo la luz precisa para ir identificando las zonas a recorrer, conforme a la radiografía ampliada y dibujada del presidente... —señaló un gráfico en color, minucioso, cuadriculado y graduado, donde era visible cada punto de su futuro recorrido desde ese mágico instante—. Ahora sí que sólo se me ocurre decir algo, amigos míos: Dios nos asista..., puesto que estamos dentro mismo de la propia obra maestra de Dios: el Hombre...

Lorna Stoker no atinó a decir nada. El astronauta Greene, enfrentado a un cosmos infinitamente más asombroso e increíble que el que conociera él en sus vuelos espaciales, mantenía, fascinado, sus ojos muy abiertos, fijos en aquella visión increíble del mundo interior de un ser humano.

El viaje imposible había comenzado. La dimensión inaudita estaba conquistada, en su principio. El periplo hacia el cerebro del Hombre, habíase iniciado ya.

—Pero... ¿cuál sería el final?

* * *

—El final... ¿Cuál será el final, Dios mío?

Se miraron entre sí Irwin, el coronel Arlen, Mankiewicz y los dos agentes federales que montaban guardia, silenciosamente, junto al inerte presidente de Estados Unidos.

Allá al fondo, en un gráfico luminoso, sobre el muro, se veía la reproducción del cráneo presidencial, con su contenido científicamente especificado. En el gráfico, una diminuta luz verdosa se movía, pausada, por entre las vértebras cervicales, a la altura aproximada de la carótida, que servía de roja referencia en el luminoso gráfico.

Esa luz verde era la señal en radar de la diminuta nave inyectada en la cabeza presidencial. La *Plastic-Y*, con su tripulación, en el delirante viaje hacia un cráneo enfermo de cáncer.

—Coronel, eso ya queda en manos de ellos, de la Providencia... y de las leyes naturales del ser humano —habló Irwin con voz ronca—. Están en ruta hacia el cerebro, por el camino más recto y difícil, a la vez: el líquido raquídeo. Inyectarles en la vena era más simple, pero eso sólo puede hacerse en un relato de anticipación científica.

Demasiado complejo en sus consecuencias ulteriores. Demasiado… largo e indirecto el curso del viaje. Esa es la ruta precisa, rápida. Y disponemos de poco tiempo, aunque para ellos, ahora, cada minuto nuestro será prácticamente un día…

—Cielos, resulta increíble recordarles en la carretera, bajo la lluvia, cuando advirtieron que habíamos vaciado su depósito de gasolina… y saber que ahora… están ahí —dijo Mankiewicz roncamente, señalando al gráfico luminoso, al punto en lentísimo desplazamiento hacia el cerebro, y también, a la vez, al paciente inmóvil, sometido a un coma ya inaplazable.

—Yo también lo pienso, amigo mío —aceptó Irwin, con un suspiro—. No es lo mismo reducir cobayas que seres humanos. Ni es igual experimentar en un laboratorio… o ver el experimento hecho realidad… dentro de un ser cuya muerte nos creará la ruina a todos, pero cuya vida, sometida a ese tumor, también hundirá nuestras existencias y las de millones de seres vivientes. El intento vale la pena. Arriesgamos mucho. Pero si esto resultara… sería la obra maestra de una época. Y, posiblemente, del ser humano en sí.

En aquel momento, parpadeó una luz roja en el muro. El coronel Arlen se irguió, sobresaltado.

—Llamada de urgencia —dijo—. Malas noticias, seguro.

Salió bruscamente del quirófano silencioso. Comunicó por radioteléfono, atendiendo a la llamada urgente, señalada por el parpadeo escarlata. Cuando regresó, estaba muy pálido.

—¿Algo malo, coronel? —se inquietó Irwin, pendiente del curso fatigoso de la mancha de luz verde, en el gráfico mural.

—Lo peor que podía ocurrir —jadeó el militar—. Los helicópteros del vicepresidente han localizado la granja… Es cuestión de minutos que estén aquí todos ellos, para destruir cuanto logramos…

—Minutos… —tragó saliva Mankiewicz, dificultosamente—. ¿Cuántos minutos, coronel?

—No sé… —el militar comprobó que llevaba cargada y a punto su arma—. Tal vez… veinte. O treinta. Pero será mejor pensar que ellos… sólo disponen ahora de quince minutos ahí dentro.

—Quince minutos… —gimió el profesor Irwin—. Es poco, coronel. Muy poco…

—Tendrá que bastarles —masculló el militar—. ¡Qué más quisiera

yo que darles veinticuatro horas de nuestro tiempo!—Veinticuatro horas… —rió forzadamente el científico nuclear—. ¡Qué atrocidad! Si ellos permanecieran dentro del presidente todo ese tiempo…, un solo día nuestro, significaría para ellos… casi un siglo. Volverían viejos, ancianos… o muertos, coronel. No, vale más que sean quince minutos…, pero será preciso avisarles de ello.

—Lo haré en seguida —afirmó Arlen—. Tengo establecido el contacto permanente con la *Plastic-Y*.

Se encaminó, rápido, a los controles electrónicos, manipulando en ellos con seguridad. Irwin miró al paciente. Luego, al sombrío Mankiewicz.

—Dios… —musitó—. Quince minutos… Menos mal que para ellos… será como días y noches enteras, como largas semanas, ahora que están reducidos a esa dimensión tan increíblemente pequeña… Confío en que tengan tiempo, cuando menos, de llegar al tumor canceroso… y atacarlo con las armas de la nueva cirugía creada por mí…

Su mirada, fija en el puntito luminoso en movimiento, tuvo un destello de esperanza y de fe. Inexorable, aquel punto de luz verde se aproximaba a la base del cráneo del presidente condenado a morir, si el milagro no se producía.

A morir, pero no antes de que el mundo entero ardiese en una guerra feroz, demoledora y estúpida, provocada por la demencia de un tumor artificial, inyectado por los traidores…

A morir, de cualquier modo que fuese, si tres seres que ahora viajaban por su interior, no alcanzaban a salvar el caos amenazador. Tres simples personas reducidas a micro-organismos. Tres viajeros increíbles: un médico, una enfermera y un astronauta, dentro de una microscópica nave.

En el exterior, el tiempo era breve. Brevísimo.

¿Cómo sería allí, dentro del cuerpo inmóvil, enfermo?

* * *

—El tiempo… —Greene se volvió a sus compañeros, cerrando los contactos con el exterior, para no agotar las baterías de la nave *Plastic-Y*—. Se reduce nuestro tiempo, amigos…

—Sí, ya lo he oído. Nuestro tiempo… Quince minutos solamente.

—Eso es: nuestro tiempo —suspiró Greene—. Aquí serán días, casi semanas…

—Lo importante es que podamos terminar el trabajo, Gordon.

—¿Podremos? —dudó Lorna, angustiada.

—No lo sé —el cirujano estudió los gráficos—. Estamos llegando a la base del cráneo. Pero eso es sólo el principio. Lo importante es alcanzar la zona entre las meninges y el encéfalo… Una vez allí, buscar el tumor en movimiento… Dios quiera que no se aloje en el cerebelo. Es el peor punto para actuar sobre él sin dañar los tejidos del cerebro del presidente.

—El presidente… —se estremeció Lorna—. Resulta terrible saber que…, saber que estamos ahora dentro de él…

—Eso no es lo peor, sino que el propio presidente, involuntariamente, es nuestro mayor enemigo en estos momentos —avisó Henlein, mirando uno de los indicadores de control, a bordo del *Plastic-Y*, que comenzaba a pestañear, con luminosidad rojiza—. Alarma, amigos.

—¿Alarma? —jadeó Greene, volviéndose inquieto.

—Eso es. Van a atacarnos.

—¿Atacarnos? ¿Quién?

—Los anticuerpos, Gordon. Los mejores protectores del ser humano. Sólo que para ellos, nosotros somos ahora un enemigo mortal… y van a obrar en consecuencia. No se puede hacer entender, a unos anticuerpos, que nosotros venimos a salvar a este ser humano dentro del cual nos hallamos… Preparen todo para la defensa.

—Sí, Henlein —dijo Greene—. Preparado…

No había acabado de decirlo, cuando la nave plástica se bamboleó violentamente, dentro del denso mar gris del cauce raquídeo. Se extinguieron las luces, y algo crujió a bordo, al estrellarse contra un punto de las vértebras. Alrededor de la nave, se formó una repentina y terrible presión agobiante, demoledora, capaz de reventar en un instante el vehículo, causando la muerte inmediata de sus tres heroicos ocupantes.

* * *

—¡Son ellos! Los anticuerpos...

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Nada. Solamente ellos pueden hacerlo, Mankiewicz,..

Sus ojos se mantenían fijos en la pantalla de radioscopia electrónica, ahora, allí en la televisión interior del cuerpo presidencial, retransmitida desde la nave *Plastic-Y*.

La acumulación de anticuerpos, en torno a la nave, 74 — era evidente. Masas Iuminescentes, acudían veloces a rodear y destruir al cuerpo intruso que captaran dentro del presidente.

Era una situación difícil y peligrosa, y todos lo sabían. El primer gran peligro del viaje al interior de un cerebro humano...

Un peligro a conjurar por los viajeros del *Plastic-Y*. Solamente por ellos... si es que lo conseguían.

Si no, el coronel Arlen conocía el final de la aventura, tan bien como el propio profesor Max Irwin.

Era la muerte.

La muerte del doctor Henlein, de la enfermera Stoker y el astronauta Greene, tripulantes del fantástico, increíble vehículo...

SEGUNDA PARTE

EL TUMOR

CAPITULO PRIMERO

Los anticuerpos.

Estaban allí. Por doquier. Envolviéndoles. Intentando destruir, en titánica lucha, el cuerpo que ellos sabían extraño. El rechazo, la temible reacción biológica del ser humano, ante cualquier materia ajena al mismo, se estaba produciendo ya.

Y ellos podían ser las víctimas.

La envoltura plástica, liviana, de la nave creada por el profesor Irwin, crujía de alarmante forma, oprimida por su acción agresiva. La oscuridad, dentro de la cápsula, seguía siendo absoluta ahora. .

Gordon Greene manipuló los mandos, tratando de mantener el equilibrio del vehículo. Su voz sonó profunda en la oscuridad:

—¡Doctor Henlein, maneje las defensas externas de la nave, en tanto yo controlo la estabilidad! ¡No deje que esos malditos anticuerpos nos hagan pedazos!

—Adelante, Greene. Dígame lo que debo hacer —respondió serenamente Martin Henlein.

—Esos mandos, los de su derecha... Empuñe la palanca más corta... Tire hacia usted. Es posible que, pese al circuito provocado en los sistemas eléctricos, el arma externa actúe de igual modo. Al menos, en eso confío...

Henlein buscó a tientas. Encontró tres palancas. La más corta quedó entre sus dedos. La manejó con firmeza, tirando de ella poco a poco. Hubo algo allá afuera. Una especie de conmoción, entre el crujido del plástico aprisionado. Luego, un zumbido y una serie de sacudidas. El vehículo osciló.

Greene lanzó un grito triunfal, cuando hubo como una convulsión, y regresó la luz al interior de la cápsula, Afuera, también los proyectores de luz que iban alumbrando su ruta, volvieron a dar al mar grisáceo y denso una fantasmal claridad nubosa.

—¡Lo hemos logrado! —jadeó el astronauta—. Funcionaron los

sistemas de defensa... La cápsula ha desprendido radiaciones que destruyeron o dispersaron a los anticuerpos, debilitándolos. Deje ya la palanca, Henlein. No conviene tampoco debilitar excesivamente al enfermo, dejándole sin anticuerpos efectivos.

—Como usted diga —aceptó el médico, respirando con fuerza. Miró hacia Lorna, que miraba hacia el exterior, impresionada todavía por la difícil situación creada en el líquido raquídeo del presidente, por la acción natural de los anticuerpos humanos.

Ella se volvió, presintiendo acaso su mirada. Incluso le sonrió, animosa.

—Eran como unas partículas oscuras —informó—.

Se hacinaban contra las paredes del vehículo, queriendo destruirlo. Cielos, pensar que todos tenemos eso dentro de nosotros...

—Y que, gracias a ello, nos defendemos de bacterias y de agentes externos —añadió Gordon Greene con una mueca, echándose atrás en su asiento—. Bien, amigos. Hemos salido del primer obstáculo serio, aquí dentro. Es posible que ahora, la marcha hacia nuestro destino, se haga más apacible...

* * *

—Paz absoluta —suspiró Lorna Stoker—. No se puede decir que el viaje resulte divertido de espectáculo. Pero, cuando menos, no surgen nuevas complicaciones...

Gordon Greene dormía profundamente. Era su turno. Ante los controles de a bordo, el doctor Henlein tuvo un leve bostezo.

—¿Quién iba a decirme a mí que mi primer sueño iba a ser dentro de otro ser humano, y en estas circunstancias? —comentó el cirujano, sacudiendo la cabeza—. Y por cierto que el tiempo nuestro será ahora relativamente grande, sólo en minutos del exterior, pero creo que cuando llegue mi turno, voy a dormir tan apaciblemente como en mi propia casa, Lorna...

—Su propia casa... —musitó ella—. Cielos, parece todo eso tan lejano. Y sin embargo, estamos donde estábamos antes, en un lugar del distrito de Columbia, junto a Washington, en nuestro propio mundo...

—No medite demasiado sobre ello —sonrió Henlein—. O se

volvería loca en poco tiempo. Esto es lo más increíble que jamás vivió ser Humano alguno. Ir a la Luna o buscar otros planetas no tiene la menor trascendencia, al lado de algo así…

—Imagine que fuera de…, de aquí, ocurre algo. Y que nunca salimos —Lorna miró en derredor, estremeciéndose ante el panorama monocorde, gris, turbio, del exterior—. ¿Cómo será la muerte… dentro de otro ser viviente?

—Me temo que igual a la muerte en cualquier lugar donde nos pudiera sorprender. Esto es como viajar por una nueva dimensión. Y correr el riesgo, al menor incidente externo, de no salir de ella jamás.

La cápsula seguía su marcha inmutable. Lorna se reclinó en el asiento liviano, cambiable. Su expresión era lejana, soñadora.

—Entre este momento y la salida del hospital, es como si hubieran transcurrido años enteros —comentó.

—Y sólo son unas horas. Muy pocas horas… —meditó Henlein. Recordó lo que le dijera el coronel Arlen, poco antes—. Lo malo es que el tiempo trabaja a favor de los traidores. Si esto fracasa, no sólo serán nuestras vidas las que se pierdan en un destino horrible. Millones de seres pueden morir, en una guerra nueva, cruel y estúpida.

—Precisamente provocada por nuestro país…

—Y por nuestro presidente. Por un hombre que subió al poder ofreciendo la paz al mundo. Será una sangrienta ironía, Lorna.

—¿Tanto ha podido trastornarle el tumor?

—Evidentemente, ha hecho de él un hombre distinto. Me imagino que sus grandes crisis vendrán en los momentos en que el dolor se haga insoportable en su cerebro. Entonces, nuestro primer mandatario se convertirá en un demente peligroso, afectado por la fuerza del tumor sobre sus sentidos, sobre sus ideas y convicciones más íntimas…

—¿Tiene idea de la naturaleza de ese tumor que nos espera?

—Muy poco. Lo que ellos dijeron, los datos clínicos… Tenga en cuenta que no se trata de un cáncer normal, sino de algo inyectado artificialmente en él. Es una enfermedad de laboratorio, un mal provocado. Antes de atacarlo tendremos que conocer su composición exacta… si es que el tumor se deja extraer muestras para su análisis previo…

—Va a ser todo tan difícil, doctor…

—Lo sabíamos al afrontarlo, Lorna —la contempló con afecto, con admiración—. Por cierto aún no le he agradecido lo suficiente su espíritu de sacrificio. Sabía a lo que se arriesgaba. Y aceptó, sin embargo…

—Tenía que hacerlo. Por el presidente… y por usted, doctor.

—¿También por mí?

—Sí. No quería dejarle solo en esto. Saber que usted andaba aquí, convertido en algo increíblemente pequeño, a merced de cien avatares distintos y terribles…, hubiera sido demasiado para mí. No, no podía ser tan egoísta. Puesto que juntos caímos en este azar, juntos lo concluiremos, para bien o para mal.

—Tenga fe, Lorna. Confíe en que todo salga bien.

—Tengo fe en usted, doctor. Sé que hará las cosas lo mejor posible. Y no tengo miedo.

—Lo sé. Es una valiente muchacha —la estudió con ternura—. Gracias por todo, una vez más…

Ella se encogió de hombros, sonriente. Miró afuera. Señaló, sorprendida.

—Eh, mire… El color del «paisaje» cambia…

Henlein miró, asintiendo. Descubrió leves 'jirones rojizos, una coloración escarlata, luminescente. Reflexionó, ceñudo.

—Sangre… —comentó—. Hay alguna hemorragia interior. No muy grande, claro. Se ven los corpúsculos sanguíneos muy dispersos. Debe ser consecuencia del tumor cerebral, Lorna. En realidad, el estado del presidente es muy grave. Si no tiene remedio su tumor, es posible que fallezca en breve plazo, aun saliendo todo bien.

—Dios mío, sangre… —estudió el tono rojizo del panorama exterior, a la claridad fantástica de las luces de situación de la cápsula —. Algún desgarro en la carótida, sin duda.

—Sin duda. O tal vez algún vaso de la subclavia, filtrándose entre las vértebras cervicales. Lo importante es que no seamos lanzados, al salir del bulbo raquídeo, hacia el riego sanguíneo de alguna arteria abierta. La fuerza de la corriente de la sangre nos podría alejar de nuestro objetivo, lanzándonos en dirección al corazón o cualquier cosa

parecida. Eso significaría el fracaso. Y, posiblemente, el fin de toda esperanza, Lorna.

—No me gustaría verme precipitada en un océano de sangre, doctor. No debe ser una bella experiencia…—Nada es bello ahora, pese a su grandiosidad científica y técnica. Es una lucha desesperada y, como tal, el enfrentamiento a un mundo hostil que es, precisamente, nuestro propio organismo humano. Un mundo que no tiene nada de débil cuando se autodefiende de cualquier elemento extraño…

Hubo un parpadeo rojo sobre el tablero de mandos. Lorna tomó los auriculares, y manipuló los botones que accionaban el sistema de radiocomunicación con el exterior, único punto de enlace con la vida en su dimensión real y efectiva.

—Aquí *Plastic-Y* —dijo, escueta—. Escuchamos…

—Habla el coronel Arlen, señorita Stoker. ¿Todo sin novedad a bordo?

—Sin novedad. Estamos encontrando rastros de sangre en las vértebras. El doctor Henlein imagina que alguna leve hemorragia, producida por el tumor, es la causa de ello.

—Es posible, sí. Tomamos nota de ello, para examinar radioscòpicamente al paciente. Tengan cuidado. La sangre es un posible riesgo para su… er… navegación, ¿comprende?

—Comprendo. Ya me alertó de ello el doctor. Es el turno de descanso de Gordon Greene. Duerme tranquilamente, señor.

—Muy bien. No llamé solamente para informarme de la situación, enfermera Stoker.

—¿Hay algo más?

—Hay mucho más. Y grave.

—¿Grave? —ella se puso rígida. Henlein, rápido, la miró, al escuchar sus palabras.

—Eso dije. Acabamos de interceptar un mensaje radiado por frecuencia especial, entre dos unidades de ellos. Así hemos sabido que saben mucho más de lo imaginado. Están enterados de todo. Incluso de…, de la naturaleza del experimento.

—¡Cielos, no!

—Así es, señorita Stoker. Están yendo desesperadamente de prisa para evitar que todo se consiga. Me temo que estén muy cerca, a punto de atacarnos. Mi sospecha es que... ha habido una traición.

—¿Traición?

—Sí. Alguien nos ha vendido, informando al enemigo. No es posible que supieran de otro modo lo que se está intentando...

* * *

—Traición...

—Eso dijo el coronel —afirmó secamente Henlein, apartándose de los mandos, para ser sustituido por el descansado Gordon Greene—. Traición.

—Dios mío, sería horrible —se quejó el astronauta, con expresión de alarma.

—Realmente horrible, sí. Intentarán evitar cualquier posible éxito, con todas sus fuerzas. Saben dónde estamos. Y saben lo que estamos haciendo. Eso les basta a ellos para hacer algo a la desesperada. Y todo está de su parte.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—Desgraciadamente, nada, Gordon. Sólo movernos hacia nuestro destino, esperando acontecimientos en el exterior. Es todo.

—Vamos a necesitar mucha suerte para volver al mundo normal, doctor —se quejó el astronauta.

—Eso ya lo sabíamos al aceptar esto —comentó Martin Henlein, cansadamente.

—Tiene razón —sonrió con ironía el astronauta Greene—. Ya lo sabíamos todo. Y, a pesar de ello... estamos aquí.

—Eso es. A pesar de ello, estamos aquí —afirmó Henlein, caminando hacia su asiento, convertible en lecho, donde se tendió, para, por fin, reposar unas horas. Unas horas de aquel nuevo y desconcertante tiempo suyo, que no era en absoluto el del mundo exterior, de las dimensiones normales.

Pero que, pese a todo, confiaba en que le sirviera para recuperarse y vencer la fatiga y el sueño...

* * *

—Son ellos. No hay duda, señor.

Mankiewicz respiró hondo, tras informar al coronel Arlen. Este meditó, ceñudo, sin dejar de pasear por el amplio quirófano.

—El plazo se agota, entonces —musitó.

—Eso me temo.

Edward Arlen caminó hasta donde el profesor Irwin seguía atentamente la trayectoria de la cápsula *Plastic-Y*, dentro de su insólita envoltura. El reposo en coma del presidente no se alteraba. Los minutos eran como siglos. Pero en cierto modo, como fugaces segundos.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó Arlen.

—Sí, ahí sí —suspiró el científico. Meneó la cabeza, con angustia —. ¿Está en lo cierto Mankiewicz?

—Por completo.—De modo que ya los tenemos aquí…

—Frente a la granja. Están tomando posiciones, bloqueando todas las salidas posibles. Es cuestión de minutos que nos dirijan un ultimátum para entregarnos.

—La respuesta será negativa…

—Por supuesto.

—Y entonces… atacarán.

—Pueden destruir la granja en pocos instantes. Lo harán con rapidez, y eficientemente. No querrán escándalos. Alegarán maniobras militares o cualquier otra cosa.

—Pero este sótano es un refugio bastante sólido, coronel. Puede resistir…

—Un breve tiempo, tal vez. No demasiado —se frotó el mentón, con expresión ávida. Miró al presidente—. Si al menos ahí se hubiera logrado entonces algo…

—Es poco tiempo para eso. Aún están lejos de la zona encefálica. Cuando lleguen al bulbo raquídeo, se dirigirán al cerebelo en primer lugar, para preservarlo de la acción del tumor. Si nuestro suero da

resultado, y protege la zona bañada por él, significará que el tumor tendrá necesariamente que replegarse al resto del encéfalo. Y así, paulatinamente, ir inmunizando toda la corteza cerebral, hasta aislar en un punto final al tumor, y allí atacarle.

—Está hablando usted del caso que todo resulta perfectamente. Pero eso requiere tiempo, incluso en el microcosmos en que ahora se mueven ellos. Un tiempo del que, tal vez, no vamos a disponer…

En ese momento, algo rugió en el exterior, por encima del edificio y de su profundo sótano, habilitado para el desesperado esfuerzo por devolver al presidente su perdida personalidad.

—Aviones —dijo roncamente Arlen, palideciendo—. Bombarderos. Arrasarán la zona, apenas nos neguemos a la rendición.

—Pida un tiempo para pensarlo, aunque sea breve… El caso es ganar minutos, coronel.

—Tiempo… No nos concederán ni un minuto, Irwin. Recuerde que saben lo que estamos intentando aquí.

—Es cierto… —Irwin se mordió el labio, nerviosamente—. ¿Tiene idea de quién ha podido traicionar nuestro plan, informando al enemigo?

—No, profesor. Solamente usted, Mankiewicz, Greene y yo sabíamos todos los detalles, aparte los doctores Von Klein y Bergman. Los demás sólo saben que intentamos salvar la vida al presidente, sin entrar en detalles. Y por el mensaje captado a esa gente, ellos saben perfectamente todas las particularidades del asunto. Incluso la presencia de Henlein y su enfermera dentro del cuerpo presidencial…

Otra vez rugieron los aviones en el exterior. Vibró la luz roja, avisando de alguna llamada por radio. Arlen humedeció sus labios.

—Cielos —murmuró Mankiewicz, muy pálido—. Llaman, coronel. Debe ser el ultimátum…

—Me temo que sí —afirmó el militar, sombríamente.

Y, muy despacio, caminó hacia el emisor y receptor, cuya frecuencia y longitud de onda debían haber interferido ya las fuerzas federales dirigidas por el traidor vicepresidente de la nación.

Un tenso, dramático silencio, se hizo en el quirófano donde tantas vidas se estaban jugando a la vez, en trágico azar.

* * *

—Ultimátum...

—Sí. Ultimátum.

—Dios... ¿Cuándo es la respuesta?

—Dentro de un par de minutos. Ni uno más, o destruirán la granja, con todo cuanto en ella existe.

—Dos minutos... Apenas si es nada, Henlein.

—Para ellos, no. Para nosotros es algo, Greene. Hay que actuar a la desesperada.

—¿Cómo? —dudó el astronauta, mirándole perplejo.

—Supongo que esto se puede acelerar.

—Es una nave, después de todo. Pero las circunstancias para el viaje no son idóneas. El líquido raquídeo del presidente es demasiado denso... Si fuese por las arterias, la cosa cambiaría, pero aquí... Es como moverse entre algo sólido.

—De todos modos, es posible acelerar. A tope.

—¿A tope? —se asustó el astronauta—. Es la velocidad doble de la actual.

—Bien. Acelere entonces.

—Doctor, es una locura. Pueden fallar los mecanismos de impulsión. Si sufrimos una avería y nos quedamos parados en medio de la ruta, todo se habrá perdido.

—Y si vamos al ritmo previsto, Greene..., no llegaremos jamás. El presidente será cadáver antes de llegar al tumor. Y con él, nosotros mismos.

—Es cierto, pero lo previsto es...

—Lo previsto es una cosa —cortó con energía el cirujano—. Y lo imprevisto, otra. Afuera, los acontecimientos se precipitan. El tiempo se agota. Nadie contaba con un traidor que les avisara de lo que se está intentando, pero así han sido las cosas.

—¿Y...?

—Y hay que actuar. Como sea. Jugarnos el todo por el todo, Greene. Esto es una emergencia. Obremos en consecuencia, por tanto.

—Bien —el astronauta sacudió la cabeza, decidido. Adelante, pues. Como usted dice. Y que Dios nos asista, Henlein.

—Falta va a hacernos, Greene.

El hombre del espejo manejó los mandos. La velocidad alcanzó, en el panel, el punto rotulado «máxima». La aceleración fue perceptible. El vehículo respondió, dificultosamente. Hubo una vibración. Luego, se abrió paso por el espeso humor gris de aquel elemento en que sí movía, debatiéndose contra su resistencia.

Y ascendió, mucho más veloz, hacia el cerebro presidencial.

CAPITULO II

—Ellos han tomado decisiones, coronel.

—¿Qué quiere decir? —fue, en rápida zancada, hacia Irwin.

—Su velocidad es infinitamente superior ahora. Ya van a salir a la zona craneal, propiamente dicha.

—Eso, ¿no es peligroso?

—Muy peligroso, sí.

—Entonces... ¿por qué lo hacen? ¡Puede fallar todo en un instante, si se quedan varados en el camino!

—Lo saben. Pero aun así, lo intentan —dijo roncamente el científico.

—Entiendo —resopló Arlen—. Todos vamos igual ya: a la desesperada, profesor.

—Eso es: a la desesperada...

Zumbó otra vez el emisor. Afuera, en la superficie de la campiña washingtoniana, rugían los motores de aviación, los vehículos anfibios, la artillería ligera, rodeando la granja que iba a ser pulverizada con toda la formidable fuerza en movimiento que el vicepresidente había requerido en favor suyo, como primer mandatario ahora, en ausencia del presidente raptado por sus leales.

—El plazo ha terminado —suspiró ahogadamente Arlen, encaminándose hacia el emisor y receptor, tras consultar su cronómetro—. Hay que dar la respuesta ya...

—Y luego morir —sonrió Irwin, muy sereno.

—Sí, eso me temo...

Manipuló en la emisora, para dar su respuesta negativa al ultimátum. La voz del profesor Max Irwin sonó ahogada:

—Ya han llegado, coronel. Están ahora mismo en el cerebelo.

* * *

—El cerebelo…

—Sí. El cerebelo. Estamos sobre él…

Habían salido del largo túnel gris de las vértebras raquídeas, al mundo complejo y fantástico del cerebro humano. El lóbulo medio y los dos laterales o hemisferios, formaban ante sus maravillados ojos aquel mundo alucinante, palpitante y vivo, del encéfalo humano, de la materia prodigiosa que regía la vida del hombre en sus más nimios detalles.

—Es portentoso… —murmuró Lorna, fascinada—. Y a la vez horrible…

—Una vez vi un programa científico en la televisión —comentó Greene—. Se parecía bastante a este panorama…

Masa grisácea, venillas de riego sanguíneo que eran como rojos o azulados canales surcando las rugosidades palpitantes del cerebelo, formaban el paisaje increíble sobre el que la nave flotaba ahora, como un vehículo espacial, teniendo por increíble techo los tejidos membranosos, las meninges que protegían y alimentaban la maravillosa máquina pensadora del hombre. Aquellos tejidos, los llamados *duramadre, aracnoides y piamadre*, formaban el más increíble celaje jamás visto por el hombre encima de sus cabezas.

Y ellos tres eran los primeros en verlo. Así, directamente. Flotando en un espacio angosto, junto a la superficie blanda y densa que era el encéfalo…

—Dispuestos los proyectores de suero anticancerígeno —comentó Lorna Stoker, incorporándose—. Cuando usted diga, doctor…

—Ahora mismo. Empiece ya. Presione desde el momento que yo le ordene, con intervalos de diez segundos. Eso irá extendiendo el suero por todo el cerebelo, hasta inmunizarlo por completo. Afortunadamente, aquí no veo rastro del tumor aún…

—El tumor… —se estremeció Greene, mirando, aprensivo, la luminiscencia rosada que daba ahora la claridad externa de la nave, al increíble paisaje encefálico—. Es como hablar de un monstruo, ¿eh, Henlein?

—El peor monstruo para la Ciencia médica —asintió él—. Y ahora, también para nosotros. ¡Adelante, Lorna! Dispare ya los proyectores.

Empezaron a brotar, a chorros, nubes vaporosas, amarillentas, de

un líquido pulverizado. El suero anticanceroso, uno de los grandes hallazgos médicos del momento, estaba siendo aplicado directamente sobre zonas cerebrales aún sanas. Eso impediría la creación o extensión de tumores en aquel sector del cráneo humano.

La operación se realizó con rapidez. La cápsula, manejada diestramente por Greene, a una velocidad infinitamente superior a todas las previsiones, se encaminó hacia la gran masa encefálica, separada por el cuerpo calloso.

El vuelo insólito continuaba. Y el tumor seguía sin ser aún visible...

Pero algo les decía que lo tenían cerca. Muy cerca, tal vez. Como un monstruo maligno, acechando la llegada del adversario...

El adversario inexorable, dispuesto a matar o morir...

* * *

—Morir, sí. ¡Tienen que morir! Todos ellos.

El vicepresidente se mordió el labio inferior. Dio unas cuantas y secas órdenes a los jefes civiles y militares que le rodeaban. Luego, contempló ceñudo la granja, desde la amplia cabina del helicóptero presidencial, ocupado ahora por él, en vuelo sobre el lugar. En el fuselaje del aparato, destacaba claramente el *seal* del presidente.

—¿Bombardeamos, señor? —se interesó uno de sus colaboradores.

—Sí. Han rechazado el ultimátum, y han ganado dos minutos preciosos. Pero no va a servirles de mucho, Perecerán todos ahí.

—Primero arrasaremos la granja con *napalm* —le informaron—. Ya ha sido alertado el sector, con el pretexto de unas maniobras militares. La zona está muy poco poblada, y los vecinos alejados de aquí. Eligieron un refugio solitario, y eso nos facilita las cosas a nosotros, señor.

—Bien. Entonces, actúen ya. Bombardeen la granja. Destrúyanla por completo. Luego, adviertan de nuevo por radio, que deben salir de ahí, entregándose, o será también arrasado el sótano, con todos cuantos allí se encuentren. Es todo.

—Sí, señor.

El vicepresidente contempló el edificio aislado, desde el helicóptero, cuando sobrevolaron el área. Vio la artillería fija en su posición elegida. Algunos bombarderos, se aproximaban, en vuelo rápido.

La existencia de los de abajo, no era ya cuestión de minutos, sino simplemente de segundos...

La de todos cuantos estaban rodeando al presidente; la del propio presidente. Y la de los viajeros de lo imposible también.

—¿Cree que habrán conseguido algo ese cirujano y su enfermera? —preguntó uno de los leales al vicepresidente, mirándole ceñudo.

—No lo sé. Ni me importa. Ocurra lo que ocurra, ya es tarde para ellos. El presidente no va a poderme acusar, exigiendo mi arresto por alta traición, aunque haya sanado de su tumor. Va a perecer ahí. Sin hablar. Su muerte, caerá sobre sus cabezas, y les hará acreedores al odio del país. Nosotros seremos mañana los héroes, los salvadores de América...

Rió el vicepresidente con cinismo, y luego añadió, risueño:— Además, de cualquier modo... sabemos que hay un traidor a ellos, también en ese viaje sorprendente por un cerebro humano. Un traidor que acompaña al cirujano, sin él saberlo... y que morirá por mí, si es preciso para el triunfo del plan... El habrá impedido que la lucha contra el tumor haya sido positiva para ellos. Estoy seguro de eso...

Un instante después, caía la primera bomba sobre la granja.

Se conmovió el suelo, se alzó un nubarrón de humo y polvo, en medio de la llamarada violenta y del lanzamiento de piedras y tierra a los aires.

La granja comenzó a desmoronarse bajo el ataque.

* * *

—¿Qué ha sido eso?

—Los mecanismos de a bordo han detectado algo —comentó Greene—. Me temo que... una explosión.

—De modo que ya comenzaron...

—Sí. Ya comenzaron... y terminarán pronto.

Hubo un silencio a bordo. Lorna dormía ahora. El viaje sobre el encéfalo continuaba. En torno a ellos, la corteza cerebral y las membranas, formaban un extraño mundo delirante, iluminado tenuemente por las luces exteriores de la cápsula convertida en microorganismo.

—Creo que vamos a fracasar, doctor Henlein.

—Es posible —el cirujano se encogió de hombros, tras preparar el lanzamiento de dardos cortantes, movidos a control remoto, que iniciarían la fantástica intervención quirúrgica, penetrando en el tumor al ser disparados, para allí inyectar el suero anticanceroso, a una elevadísima concentración, mezclado con una solución narcótica de los tejidos, que anularía toda posible autodefensa del cáncer y sus células monstruosamente deformadas por el mal. Henlein añadió—: Pero aún no hemos fracasado...

—¿Qué tardará en producirse la segunda explosión? ¿Y la tercera, y las otras...?

—Muy poco. Posiblemente segundos. Pero segundos... de allá afuera —comentó secamente el cirujano. Consultó su reloj e hizo un cálculo mental—. Imagino que serán un día o dos de nuestra vida aquí. Para Irwin, el coronel y Mankiewicz, el tiempo transcurrido no llega a quince minutos aún. Y nosotros llevamos ya días y días de navegación, de comidas concentradas, de turnos de descanso... Aproximadamente, lo que en términos vulgares sería una semana o una decena de días.

—Las vibraciones sonoras de la explosión, duran horas para nosotros —hizo notar Greene, señalando las oscilaciones luminescentes del indicador sismográfico de a bordo—. Eso confirma su suposición. Para nosotros, esa explosión está prolongándose durante horas enteras, doctor. Quiera Dios que la vieja granja necesite algunas bombas más... y otras tantas el sótano.

—Ojalá sea así, Greene —suspiró Henlein, volviendo a sus modernos y fantásticos procedimientos quirúrgicos.

Comprobó todos los mandos a distancia, tanto de los dardos cortadores e inyectores, como de las pinzas y bisturí electrónicos, manejables a distancia, sólo con manipular en una serie de resortes, movidos por la pericia de un cirujano experto y especializado.

Había también un potente emisor de radiaciones de cobalto anticancerosas, y otras de tipo antivirus, que actuarían sobre el tumor, llegado el caso, aniquilando su vitalidad demoledora.

Esperaba que todo aquel alarde de supercirugía a gran escala, diera sus resultados. Algo le decía que pronto, muy pronto, iban a encontrarse con...

— ¡El tumor!

Se sobresaltaron los dos. El grito era de Lorna. Se volvieron a ella. La vieron, repentinamente pálida y demudada, señalando con dedo tembloroso hacia un punto, allá en el exterior.

Miraron ambos en esa dirección. Y lo vieron.

Ella tenía razón. Era el tumor. El cáncer.

Estuvo seguro de eso apenas lo vio. Por si había error, el detector de a bordo funcionó, haciendo parpadear una luz verde, y trazar signos en una pantalla luminescente, graduada, a una aguja sensible a la proximidad de cuerpos cancerígenos.

—Sí —dijo roncamente Henlein—. Es el tumor...

Greene aceleró a tope, en dirección a la móvil masa cancerosa. Henlein dispuso sus elementos de supercirugía a control remoto.

—¿Vamos a atacarle, doctor? —indagó, excitada, Lorna Stoker,

—Sí. Vamos a atacarle. Ya. Ahora mismo...

—No lo harán —dijo una helada voz—. Voy a matarles. Y a morir con ustedes aquí...

CAPITULO III

El traidor.

Estaba allí. Ante ellos. Inverosímilmente, a bordo del *Plastic-Y*.

Les amenazaba con un arma de fuego, miniaturizada, como todos ellos y sus pertenencias. Henlein pestañeó, aturdido.

—Usted... Usted, doctor..., doctor Olaf Bergman... El mejor neurólogo del mundo...

Bergman, colaborador estrecho en el proyecto de combate al tumor presidencial, estaba allí. Con ellos. Como un polizón, a bordo de la nave.

—Supongo que no bromea, ¿verdad? —preguntó Greene, ceñudo.

—No, no es momento de chanzas, bien lo saben —estudió Bergman fríamente a sus compañeros de viaje—. Como ven, he tomado todas las medidas.

—Usted trabajó en esto —recordó Henlein—. Imagino que no habrá montado un sistema quirúrgico completamente inútil...

—No, eso no pude hacerlo, No debía correr riesgos. Trabajaba demasiado cerca de Irwin y de Von Klein para poder deshacer lo que ellos hacían. Nos aislaron a todos, sin poder comunicarnos con persona alguna, Eso impidió que pudiera informar, antes de que fuese demasiado tarde, y esta locura científica y clínica se llevase a cabo.

—No es ninguna locura, doctor Bergman. Mire eso que hay allá. Somos los primeros humanos en ver, con esas dimensiones, a un tumor cerebral en movimiento, Pero también los primeros que podemos terminar con el gran azote del mundo.

—No van a hacerlo. No lo permitiré. Sé que ellos confían en mí y que actuaré, llegado el momento. De eso, no tengan la menor duda ninguno de ustedes.

—¿Por qué lo hace? ¿Dinero, ambición, política...?

—Un poco de todo, Henlein.

—Va a poder disfrutar muy poco de todo ello; hay una guerra mundial en perspectiva, como premio a su demencial proyecto. La

Tierra toda quedará arrasada nuclearmente, cuando Estados Unidos declaren la guerra aniquiladora a China.

—Los elegidos estaremos a salvo —declaró con orgullo Bergman —. Hay grandes refugios atómicos de gran seguridad. En ellos esperaremos. Luego, lo que quede del mundo será del más fuerte. Y el más fuerte será él: el hombre que lleva las riendas de todo esto.

—El vicepresidente...

—Sí, el mismo. No pueden hacer nada por evitarlo —miró con aversión al tumor, visible ya frente a ellos, a través del visor de la nave microscópica—. Si puedo salir de aquí, seré uno de esos elegidos. Si me quedo con ustedes, que sea por el bien de nuestra causa. Nuestro movimiento político es perfecto. Y lo será más.

—Y fanático también. Con el ciego fanatismo de los mesiánicos y de los exaltados. Me asombra usted, doctor Bergman.

—A mí lo que me asombra es que estuviera todo este tiempo a bordo, tras ser miniaturizado con nosotros, y ni siquiera descubriéramos su presencia —comentó con acritud Gordon Greene.

—La explicación es sencilla —rió Bergman—. Hay un compartimiento doble, en el reducto destinado a alimentos, material y todo cuanto se lleva en este viaje. Vacié todo eso, antes de que la nave fuese miniaturizada con ustedes, me oculté en él... y esperé. Después de todo, ustedes no podían sospechar que hubiese a bordo un polizón, ¿no es cierto?

—Y bien cierto —afirmó Greene roncamente—. Bergman, al menos deje que luchemos contra ese maldito tumor. Vea su aspecto repugnante, maligno y horrible...

—No —negó el médico experto en Neurología—. Voy a disparar contra sus mandos y controles, en principio. Eso inmovilizará a la nave, destruyendo sus recursos técnicos. Será el fin. O morir aquí, encerrados en un ser cuya vida no vale en estos momentos un solo centavo... o perecer, víctimas del tumor, si éste nos absorbe... Yo no temo morir.

—Los fanáticos nunca temen morir —dijo con aspereza Henlein.

El médico rió entre dientes, como burlándose de él. Y se dispuso a disparar sobre los mandos de la nave, destrozando en un momento la obra minuciosa de unos genios de la Ciencia: el *Plastic-Y*, y su alto destino frente al mal a combatir.

La misión había llegado a. su final. Un mal final, ciertamente. Para todos ellos.

La granja continuaría siendo bombardeada hasta su aniquilación definitiva. Dentro, ellos morirían, encerrados en un cuerpo enfermo, agonizante.

Entre un tumor canceroso y la presencia de un enemigo fanatizado.

Demasiados adversarios para poder luchar siquiera contra lo inevitable…

* * *

—El tumor… ¡Han encontrado el tumor, coronel!

Arlen lanzó una imprecación. Observó, en la pantalla luminosa que marcaba la cabeza del presidente, cuadriculada con detalle, la presencia del punto luminoso verde, el *Plastic-Y* en su actual situación, entre cerebro y cerebelo. También un nuevo punto de luz rojiza, un manchón luminescente, muy próximo al punto verde. Tanto, que lo rozaba casi.

—Esa detección indica que es cierto —admitió Arlen—, Es el tumor. Los detectores de tejidos cancerosos de a bordo, han funcionado, transmitiendo esa imagen. Debe estarse preparando a operar…

—Dios mío, quizá aún sea tiempo —musitó Mankiewicz, consultando su reloj. Arriba, sobre sus cabezas, temblaba violentamente el techo de metal y hormigón, a cada impacto artillero o aéreo, que iba convirtiendo en pavesas y ruinas la granja.

—Deben estar terminando con el edificio —dijo Arlen, sombrío—. No sé si habrá tiempo ya… Si el Ejército que nos ataca, engañado por la falacia del vicepresidente, viese al presidente con vida, consciente y capaz de dirigirse a ellos, es seguro que detendrían el ataque, para oír la voz presidencial. El les convencería de cuanto ha sucedido, y salvaríamos todo el pellejo, a cambio del de esos traidores, Mankiewicz, amigo mío. El Ejército es leal por completo a su presidente, salvo en los aislados casos de los que se han unido en el complot, que son sólo unos cuantos mandos.

—No sueñe utopías —rechazó Irwin, excitado—. Vamos a irnos al diablo todos. Y vean… Es una pena. Están, justo, al lado del tumor…

Henlein debe estar preparando sus instrumentos, y... ¡Eh, miren! ¡Miren eso!

La mancha rojiza habíase hecho más intensa. Ahora, se veía débilmente la luz verde, encima de esa mancha luminosa. Luego, súbitamente, la luz verde desapareció del tablero luminoso.

Quedó solamente la mancha cancerígena. Sola. Siniestramente sola.

—Y eso... —dijo roncamente Arlen—. Eso, profesor... ¿qué significa?

Max Irwin se encogió de hombros. Estaba muy pálido. Su voz sonó ahogada:

—Creo que sólo puede significar una cosa: el tumor ha absorbido la nave. Y, posiblemente, la ha destruido, con todos sus ocupantes...

En el tablero luminoso continuó el silencio. Y la ausencia enigmática de la nave.

* * *

—El tumor... ¡El tumor! Ocurre algo...

—No sean necios. No van a engañarme con trucos.

—No son trucos, ¿es que no se da cuenta? —aulló Henlein—. ¡El tumor viene hacia nosotros! ¡Nos va a..., a absorber!

El doctor Bergman, escéptico, dirigió una ojeada de soslayo hacia los visores, sin dejar de encañonar a sus cautivos. Una repentina lividez cubrió su rostro.

—¡Cielos, no! —gritó.

Luego, en el exterior, todo se hizo oscuro, impenetrable.

Les rodeaba, les envolvía el tumor. Estaban dentro de su repugnante masa rojo oscura, negruzca, como una pulpa nauseabunda o como una repulsiva gelatina palpitante, densa, absorbente...

Los instrumentales de a bordo, parecían haberse vuelto locos. Las radiaciones del cáncer hacían funcionar con violencia a los detectores. Como si un enorme pulpo les hubiera envuelto en sus tentáculos, la cápsula bailoteó, crujiente, y saltaron chispas de algunos de los cuadros de control a bordo, apagándose las luces todas, menos una

azulada de emergencia, que hizo más alucinante la situación de los cuatro viajeros.

Bergman perdió su arma, siendo lanzado contra paneles y máquinas; Greene fue arrancado de los controles, zarandeado y abatido sobre una de las paredes plásticas, Lorna se sintió aferrada protectoramente por Henlein, que la cubría de cualquier golpe con su propio cuerpo, mientras parecía que todo a bordo iba a estallar de un momento a otro, vencido por aquel pavoroso enemigo alojado en el cerebro del presidente: el cáncer…

—Puede sentirse satisfecho ya, Bergman —dijo con sarcasmo Henlein, al rodar con Lorna por el suelo de la volcada nave—. Este es el fin para todos. El que satisfará a su mente de fanático…

Bergman no respondió. Además del arma, había perdido el conocimiento, y yacía inconsciente en el suelo del *Plastic-Y*.

Afuera, el tumor continuaba su tarea, estrujando de alguna forma la nave. Como si, además de ser un cuerpo vivo, poseyera inteligencia para el mal, para la destrucción del que intuía su enemigo…

* * *

—La granja, arrasada, señor.

—Bien… —complacido, a través de sus binoculares, el vicepresidente examinó el lugar recién bombardeado. No vio sino ruinas humeantes, donde antes había una bella casa colonial.

—Muy bien —aprobó—. Ahora, avisen de nuevo al coronel Arlen, a ese maldito traidor. Díganle que tiene todavía una posibilidad de rendirse. Sólo una. Si se niega o busca ganar tiempo…, ¡el sótano será destruido!

Uno de sus leales fue a avisar a Arlen de lo que se avecinaba, utilizando para ello la radio. Era el ultimátum definitivo. El sótano había resistido, con su hormigón y metal. Pero no soportaría un nuevo ataque con proyectiles más poderosos. Y eso era, justamente, lo que el vicepresidente se disponía a desencadenar, apenas Arlen respondiera negativamente, como él esperaba, a la conminación final del traidor.

Ocurriera lo que ocurriera allá, en el cerebro del presidente, con su aliado, Olaf Bergman y los demás ocupantes de la pequeña nave científica, el resultado final iba a ser, inexorablemente, el mismo: el fin del presidente y sus amigos.

Los aviones sobrevolaban la zona destruida. Los vehículos y piezas artilleras, esperaban a prudencial distancia, para avanzar e invadir la zona cuando el sótano hubiera sido destruido.

La charla fue breve. El esbirro del vicepresidente, regresó con la información:

—Negativa, señor. El coronel Arlen no se rinde.

—Muy bien. Entonces... ¡adelante! Concluyan con todo.

Los aviones rugieron, prestos a lanzar el alud final de proyectiles. Como estaba previsto, el plan para salvar al presidente, había sido un fracaso.

Y el esfuerzo de la Ciencia para llegar por medios increíbles hasta el tumor, también.

Todo iba a quedar ahogado, cegado bajo las poderosas bombas. Justo un minuto o dos más tarde, cuando los aviones llegaran a su punto fijado... y descargaran sus depósitos de bombas.

Estaba a punto de ocurrir.

A punto.

* * *

Gordon Greene se rehizo un poco, observando el chisporroteo violento de los controles y cuadros de a bordo, Se incorporó, desconectando con celeridad el resto de circuitos, para evitar la propagación del baño a los demás aparatos. Tenía que andar bamboleándose, de un lado para otro, por efecto de los brutales zarandeos a que estaban siendo sometidos por parte de algo. De aquel tumor maligno, devorador...

—Señorita Stoker, Henlein... ¿Se encuentran bien los dos?

—Perfectamente, Greene —resopló Martin—. ¿Y usted...?

—Más o menos como siempre, aunque algo más magullado. Y con un asco terrible.

—¿A Bergman?

—No. A eso que,.., nos envuelve. Al tumor...

—El tumor. Cierto —ayudó a incorporarse a Lorna y la retuvo,

para evitar que cayera de nuevo. Se inclinó, quitando el arma de fuego de la vecindad del abatido Bergman, que no volvía en sí—. Es como sentirse atrapado en el interior de una ballena...

—Como Jonás o Pinocho —tuvo el buen humor suficiente Lorna para intervenir—. Sólo que nosotros fuimos antes introducidos en el interior de un ser humano..., y ahora en el interior de..., de un cáncer.

—Tiene una fuerza terrible —jadeó Henlein, sintiendo los crujidos del plástico liviano pero resistente del fuselaje—. Parece estar adherido a nosotros. Igual que si tuviera ventosas.

—Morir da igual, doctor, pero morir de este modo, envuelto en..., en una cosa de ésas, no me hace ninguna gracia —se quejó Greene.

—A nadie puede hacérsela —Henlein reflexionó, comprobando las oscilaciones del detector cancerígeno, tan intensas que estaban a punto de destrozar el mecanismo—. Estamos dentro, en el mismo corazón del tumor que hemos venido a buscar. Somos el habitual cazador cazado de las fábulas. Pero puede intentarse algo aún. Y debe hacerse, Greene.

—¿Hacer..., el qué? Los controles están quemados, los sistemas mecánicos no funcionan...

—Puede intentar repararlos. ¿O no?

—Cielos, llevaría demasiado tiempo... No habrá ocasión.

—Inténtelo. Entretanto... Loma y yo vamos a intervenir quirúrgicamente.

—¿Queeeé? —aulló el astronauta.

—Hemos venido a eso, ¿no es cierto?

—Pero..., ¡pero no hay ya controles remotos, no se le van a mover los elementos quirúrgicos, como estaba previsto, en tanto no se reparen todas las averías, Henlein, usted bien lo sabe...!

—Aún disponemos de un instrumento precioso, Greene: las manos.

—¡Las manos! —boqueó el astronauta—. No entiendo. ¿Qué..., qué quieren decir? ¿De qué les servirán?

—Aquí dentro, ciertamente, de nada —aprobó Henlein, sarcàstico —. Por eso, Lorna y yo vamos a salir de la nave.

—¡Salir de la nave! —se horrorizó Greene—. ¿Está en su sano juicio, doctor? Usted..., usted no hará esa locura, enfermera Stoker... No seguirá a Henlein a un suicidio cierto, ahí afuera, dentro de un cáncer voraz...

—Usted lo ha dicho, Greene —sonrió ella—. Soy la enfermera Stoker. Enfermera al servicio del doctor Henlein. Una enfermera que conozca su obligación, va siempre adonde vaya su cirujano. Siempre...

—Incluso... ¿Incluso a..., a eso? —gimió Gordon, estremeciéndose al señalar a la negrura formada por la masa oscura del tumor, en torno a ellos.

—Incluso a eso, sí —afirmó ella, decidida.

—Gracias, Lorna —le miró con profundo afecto Henlein—. Prepárese. Vamos a salir a operar.

—Sí, doctor.

—O... a morir, recuérdelo.

—No le he preguntado nada, doctor —se expresó ella con firmeza —. Me ha pedido que vaya con usted a una operación. Y yo voy. Es todo.

No se habló más. Henlein tomó el instrumental preciso. Envolvió todo en una funda plástica, que cargó de su hombro, junto a los depósitos de oxígeno concentrado. El indumento presurizado y aclimatado, no les permitiría sufrir cosa alguna en el exterior. Aun así, era una locura salir, y Henlein lo sabía mejor que nadie.

Pero si había una ocasión, una sola, en aquel tiempo más amplio, acorde con sus dimensiones actuales, mientras afuera caían bombas, era preciso aprovecharle. E intentar el todo por el todo. A cualquier precio.

Tomó un proyector manual de suero anticanceroso, elementos de supercirugía, electrónicos, pero manejables a mano. Los unió a todo lo demás. Y tras una mirada de despedida a Greene, y un mutuo encuentro de sus pupilas, entre él y Lorna, ambos se encaminaron a la portezuela de seguridad de la cápsula.

Iban a salir. A hundirse en un tumor que para ellos era gigantesco. A pisar sobre una masa amorfa, gelatinosa y oscura, alojada en un cerebro humano. Iban a poner sus pies encima de un cáncer...

Sería la primera vez que el hombre pisaba algo así. Quizá también la última.

Martin Henlein, cirujano ante todo, hombre de ciencia y benefactor de los semejantes atacados por el dolor, médico de infinitas ambiciones en su carrera, no se arrepentía de morir a cambio de esto.

La experiencia fascinante valía la pena, pensó. Incluso valía la pena morir, después de haber vivido unos instantes increíbles, dentro de un tumor…

Y al salir al exterior, como dos cosmonautas al vacío o a pisar un planeta desconocido, Lorna y él tuvieron la impresión, horrible y fantástica a la vez, de sentir bajo sus pies aquel contacto viscoso, blando, frío y extrañamente adhesivo.

Caminaron sobre el cáncer. Sobre un cuerpo que notaban viviente, con palpitaciones vitales.

Pero había algo más que eso.

Martin Henlein lo captó casi inmediatamente. Y el horror erizó sus cabellos, bajo la materia plástica de su caperuza flexible…

Además de vivo… aquello era…, era INTELIGENTE.

El tumor pensaba. Vivía, en suma, en el cerebro del presidente de Estados Unidos, como algo individual, independiente. Era una cosa con vida e inteligencia…

Y ahora sabía que ellos planeaban destruirlo. Que habían salido a eso.

Quizá por ello, el tumor se iba a defender del único modo que sabía: siendo él quien atacase y destruyese…

Era una lucha desigual, en la que aquella cosa increíble tenía todas las ventajas a su favor…

CAPITULO IV

El estampido fue aterrador.

Se desmoronó, con estruendo, violentamente, todo un muro, y parte del techo. Un alud de polvo y piedras, penetró, con el humo de la explosión, dentro del quirófano.

Rápidamente, Irwin manipuló la mesa de operaciones, con el presidente manteniendo en ella su rigidez, alejándola del punto afectado por la explosión de la bomba.

Las luces se extinguieron, entre chisporroteos. Mankiewicz accionó unas lámparas de emergencia, por medio de baterías. La oscuridad se convirtió en una penumbra suave. Se miraron los tres hombres en silencio.

Afuera, agentes federales y hombres de la Seguridad de la Casa Blanca, eran cazados y acribillados a tiros, como animales en un safari, por los tiradores del vicepresidente. La orden era obvia: ni un solo leal debía quedar con vida, para evitar que hablasen, revelando el verdadero complot a las autoridades militares.

Ahora quedaban solos ellos tres, con el presidente. Y lo sabían, Sabían también que la situación no se prolongaría por demasiado tiempo. Estaba tocando a su fin.

Y dentro del cerebro presidencial, nada había cambiado. Los micronautas seguían allí, inmersos en su viaje delirante a los confines mismos de la dimensión visible. La muerte se cernía también sobre ellos, si es que no habían muerto ya, dentro de aquel cerebro doliente y alterado.

Ahora, ni siquiera funcionaban los cuadros luminosos del muro. No podían seguir a la nave, no tenían contacto con ella. No sabían nada de nada, ni había tampoco medio alguno de saberlo.

—Seguramente han muerto ya, de un modo piadoso —sentenció Irwin, tocando la frente del hombre inerte, con suavidad—. El tumor habrá terminado con ellos...

Nadie dijo nada. Todos pensaban en algo más que el momento presente, con ser terrible. Pensaban en un futuro humano, hecho de belicismo desatado, de violencia desoladora, de bombas termonucleares, de armas bactericidas, de destrucción y muerte. Todo

lo que desencadenaría el vicepresidente, aunque muriese el enloquecido presidente.

—Si al menos supiéramos lo que sucedió, cómo terminó todo ahí dentro...

Era Arlen quien se lamentaba. Hubo otro impacto de bomba en el exterior. Cayeron fragmentos del techo, se resquebrajó otro muro... El polvo entró en oleadas, pese a que el coronel y su ayudante, Mankiewicz, habían tendido en torno una especie de tienda de plástico, aséptica, para aislar al presidente de nuevas complicaciones.

Aunque todo eso resultara ya tan inútil como tardío...

—Recen lo que sepan, amigos —comentó Irwin, con cierto trágico humor—. Creo que es ya lo único que podemos hacer por nosotros mismos...

En ese momento, Mankiewicz lanzó una imprecación tan sonora, que tuvo la virtud de sobresaltar a sus dos compañeros. Le miraron, aturdidos.

—¿Qué le ocurre, Mankiewicz? —se irritó el coronel Arlen.

—A mí nada, señor... Ha sido al presidente...

—¿El presidente? —le miró—. ¿Qué le ocurre?

—Se..., se ha movido.

—¿Qué? Imposible. Está en estado de coma provocado. No puede volver en sí, en tanto le tengamos bajo los efectos de la droga que paraliza su mente. Si se moviese..., sería tal vez funesto para sus ocupantes. Si recuperase el conocimiento y el *Plastic-Y* siguiera adentro con su tripulación..., podría matarlos con un simple movimiento de sus nervios...

—Pues es cierto —jadeó Irwin, angustiado—. Mire, coronel... Se mueve de nuevo... El presidente... está volviendo en sí...

* * *

«Debéis morir. Yo no quiero morir.»

Estaba seguro. Había oído esas palabras.

El doctor Henlein, alucinado, contempló aquello que pisaba, amorfo y gelatinoso. Sintió pavor.

No, no habían sido sonidos. Un tumor viviente no puede usar sonidos, palabras. Pero… había dicho algo.

Lo oyó allá, en el fondo de su mente. Fueron ideas. Palabras recibidas mentalmente. Pensamientos.

Pensamientos.

Miró, asustado, a Lorna. Ella estaba lívida, allá dentro de su envoltura plástica, tan aséptica, tan blanca. Asintió horrorizada la joven.

Ella también había captado ese pensamiento. No procedía del aletargado cerebro del presidente. No. Venía de…, de aquello.

Ahora era algo más que una sospecha o un recelo. Ahora sabía que el cáncer poseía mente. Al menos, aquel cáncer.

Recordó vagamente algo. No era un tumor natural, sino provocado. Un virus inoculado. Un producto de laboratorio. Un germen de cáncer introducido en la cabeza del presidente…

Un proceso extraño, científicamente inexplicable, había dotado de ideas, de pensamiento, de inteligencia, a aquella masa informe y maligna.

No era un simple mal, una dolencia cruel. Era más. Algo más. Mucho más. Era un ente, una cosa pensante, viva… Casi un animal. Un horrible e inaudito animal, alojado en el cráneo de un hombre…

«Sí, aciertas. Eso soy yo. Y tú vienes a destruirme. Lo veo en tu mente. No podrás. No podrás…»

Seguía recibiendo ondas mentales con claridad. A su lado, Lorna también. Le aferraba con fuerza, pálida y estremecida de pavor. Aquello era lo peor, lo más inconcebible de toda su fantástica aventura en los dominios de lo ignorado.

«Te voy a destruir yo. A los dos os debo destruir. Soy fuerte. Muy fuerte. La gente me teme. Puedo crecer, crecer, matar… ¡Soy fuerte, y lo vais a experimentar en vosotros mismos…!»

Era atroz. Quería luchar, hacer algo. Y no podía. Envarado, rígido, sentía su mente cautiva del poder extraño, hipnótico casi, de aquel tumor inteligente y cruel. Si hubiera podido adormecer la fuerza destructora del cáncer con suero proyectado, inyectado al interior de la masa… Pero le era imposible hacerlo. Estaba vencido. Dominado.

Y, de repente, el presidente se movió.

* * *

Se movió. Dos veces.

Fue terrible.

Alrededor de Lorna, de Henlein, del tumor mismo, todo pareció vibrar de repente, con ensordecedora actividad. Tumultuosamente, la sangre subía a la bóveda craneana, regando el cerebro a mayor presión. Todo entraba en actividad.

El tumor se agitó, llevado por el movimiento. Su poder mental se concentró en otro poder infinitamente más fuerte ahora que el de Henlein o Lorna: el cerebro, para ellos inmenso, gigantesco, del presidente de la nación.

Se desvió, para apoderarse de las ondas mentales del enfermo. Y olvidó por unos momentos fugaces a sus dos adversarios.

Ese era un error. Los tumores vivos e inteligentes, también podían cometer errores. Eso era algo que acababa de averiguar Martin Henlein, cirujano neurólogo.

Entonces proyectó el chorro de suero y de virus anticancerosos, dentro de la masa fofa y blanda. Simultáneamente, hizo un gesto a Lorna, y ella hincó los dardos de suero aletargador en la masa repulsiva.

El tumor se agitó, convulso. Henlein actuó con el bisturí electrónico, y con el proyector de radiaciones de cobalto a altas concentraciones.

La terapia resultaba. El cáncer se encogía, como amedrentado o herido. El bisturí electrónico comenzó a inyectar cientos de pequeñas y afiladas cuchilladas magnéticas en la materia cancerosa. El extraño tumor viajero, se retorció, como en agonía, cuando cada una de aquellas cuchillas, independientemente y por su magnetismo electrónico, comenzaron a cumplir de forma automática e incansable su misión: cortar, hender los tejidos malignos, saturados de suero y de radiaciones de cobalto. À su contacto, aquella materia sólida se licuaba y disolvía.

Henlein cumplía así su misión en el interior de un cerebro humano: destruir el cáncer con los más modernos métodos de la

revolucionaria cirugía electrónica. Pero lo realizaba como jamás lo realizó cirujano alguno…

Directamente, sobre el mismo tumor. Dentro del tumor atacado…

Alrededor de ellos, las vibraciones eran intolerables. El cerebro del presidente, en repentina actividad, era una fuente de energía enloquecedora, para su actual volumen. Regresaron apresurados al interior del *Plastic-Y*.

Allí dentro, aunque no funcionaban ahora los aislantes automáticos, el ruido era más tolerable. Lorna y Henlein cambiaron una mirada con Greene. Este aparecía excitado.

—Parece…, parece que lo lograsteis, amigos —jadeó el astronauta.

—En principio, sí. Pero si el presidente sigue despertando, nos aniquilará sin quererlo, ni saberlo siquiera. La actividad corporal y, sobre todo, la cerebral, puede acabar con nosotros.

—Espero que ellos se den cuenta y vuelvan a dormirle… —gimió Lorna.

—Eso, suponiendo que les sea posible aún… —comentó Greene, sombrío, estudiando al doctor Bergman, ligado en el suelo de la cápsula, incapaz de evadirse.

Y se hizo un dramático silencio dentro de la cápsula.

Afuera, la actividad continuaba. Y también continuaba, inexorable, el desmenuzamiento y desintegración del tumor, implacablemente atacado por la cirugía automática aplicada por el cirujano Henlein…

* * *

—Ya está… —jadeó Irwin, tras inyectar al presidente en la nuca —. Espero que esto sirva, por el momento…

—También lo espero yo —Arlen miró en torno, a las ruinas que les rodeaban. Afuera, rugían los motores de aviones. Iban a hacer su última pasada. Allí terminaría todo para ellos—. Aunque a fin de cuentas, igual da morir de un modo que de otro.

—Le he inyectado simplemente un sedante. Pero corremos el peligro de que si el tumor se excita y ataca a su cerebro, por alguna

causa, el dolor le haga despertar otra vez. No sé si eso matará a los ocupantes de la cápsula, o ellos habrán muerto ya. De todos modos, estamos obligados a velar por ellos hasta el final, en la medida de lo posible.

—Es cierto. Fueron muy valientes penetrando ahí...

—Y total... para nada.

—Mankiewicz, al menos se intentó. Se luchó con admirable tesón y fe. Demostramos que era posible lograrlo..., aunque no se lograse al final. El esfuerzo mereció la pena, incluso perdiendo la batalla...

Los aviones estaban ya muy próximos. A punto de arrasar definitivamente el sótano.

Los tres hombres se miraron. Se dieron mutuamente la mano, con firme expresión.

—Ocurra lo que ocurra, adiós, amigos —dijo Arlen, con castrense entereza.

—Adiós.

—Hasta nunca... o hasta siempre —concluyó Max Irwin, con resignación.

Miraron al presidente, con repentino sobresalto.

Volvía a moverse. Parpadeaba.

—Va..., va a abrir los ojos... —jadeó Mankiewicz.

La aviación estaba ya sobre ellos...

* * *

—Parece que cedió su actividad cerebral... —comentó Lorna.

—Sí, es cierto. Ya no suena esa horrible vibración, dentro de la bóveda craneana, ni fluye la sangre con igual potencia.

—Ahora es el momento, ¿verdad?

Había hecho Greene la pregunta, con voz ahogada. Henlein le miró, pensativo.

—Sí —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Es el momento, amigo mío. Ahora, o nunca. El tumor está disolviéndose. Debemos

salir de este microcosmos humano. Y lo antes posible, si sirve para algo…

—Supongo que llevan sus cápsulas para volver a la dimensión normal… —recordó Greene gravemente.

—Las llevamos. Por si fallase el tele-transportador molecular del profesor Irwin, o le hubiesen averiado con algún ataque enemigo, nunca debemos separarnos de esas cápsulas de emergencia, ocurra lo que ocurra, en tanto seamos diminutos. Lo que me pregunto es: ¿posee Bergman alguna cápsula de ésas?

—Me temo que no sea así. En cuyo caso… —Greene se encogió de hombros, con un suspiro. Sacudió sus manos, tras ajustar unos circuitos—. Ya está. Funciona lo más indispensable. Daré la aceleración máxima. Ahora es en descenso, hacia las fosas nasales del presidente. Hemos de salir por ellas, conforme a lo programado. De modo que sujétense a sus asientos… y que Dios siga a nuestro lado, amigos.

Ellos asintieron. Se acomodaron en sus asientos. Ciñeron las bandas de seguridad. Empezaron a sentir la vibración poderosa de la cápsula, ahora a toda velocidad en descenso desde el cráneo hacia las vías respiratorias del presidente.

Hacia la salida al exterior…

* * *

El presidente se movió de nuevo. Hubo un leve jadeo en sus labios. Pareció picarle algo en su nariz. Iba a estornudar. No estornudó, sin embargo.

Y eso salvó las vidas de sus increíbles huéspedes.

Porque en ese momento, invisible incluso para su creador, el profesor Irwin, salía, en su vuelo majestuoso y veloz, la diminuta nave que viajó por el cráneo de un hombre.

Y de la nariz presidencial, flotó, invisible siempre, como una mota de polvo, hasta posarse en un punto, a espaldas del presidente y de sus acompañantes.

Arriba, rugían los aviones. Pero no caían proyectiles. No había explosiones.

—¿Qué sucederá? —se preguntó en voz alta Irwin.

—No sé. Es posible que prefieran venir a acribillarnos personalmente —dijo Arlen con escepticismo—. Así de paso, comprueban si el presidente ha muerto…

—No. No ha muerto. Miren. Abre sus ojos…

Era Mankiewicz quien hablaba. Miraron. Sí. El presidente abría sus ojos.

Les miró.

En ese momento dramático, tenso, la puerta se derrumbó. Aparecieron de uniforme, con casco de acero y fusiles ametralladores. Les encañonaron, disponiéndose a apretar el gatillo, a barrerles sin clemencia.

Nadie pronunció palabra.

CONCLUSION

EL PRESIDENTE

CAPITULO PRIMERO

—¡El presidente!

Las armas se inmovilizaron. El coronel Arlen contempló fríamente al hombre que dirigía el grupo militar.

—A sus órdenes, general Bradwick —dijo, con saludo castrense.

—Traidor... —jadeó el general—. Usted y sus esbirros... ¡El presidente cautivo, a punto de ser asesinado, sin duda...!

—Se equivoca, general —replicó Irwin—. Es usted quien está siendo juguete de alguien con esas intenciones.

—No repliquen. No digan nada. El vicepresidente en persona entrará ahora, a decidir lo que se hace con los conspiradores...

—Creo que se equivoca, general —dijo suavemente una voz—. Le han dicho la verdad. El vicepresidente es el traidor...

—¡Señor presidente!

Era él mismo quien habló: el presidente de Estados Unidos. Había abierto totalmente sus ojos. Hablaba fríamente, con serenidad. Con aplomo.

—¡Señor...! —Irwin miró con asombro al político—. Usted... vuelve a ser usted.

—Eso creo —sonrió el presidente, cansado—. No sé cómo lo hicieron, pero siento mi cabeza liberada de algo... Siento que soy yo mismo, sin influencias extrañas...

En aquel momento, apareció el vicepresidente en la entrada, seguido de sus leales. Palideció intensamente al ver a su superior.

—¡Señor! —exclamó—. Usted... y vivo aún.

—Vivo, amigo mío —declaró con ironía el primer mandatario—. Lo suficientemente vivo como para dar orden de arresto, por alta traición...

—¿Contra el coronel Arlen y sus amigos? —sonrió el vicepresidente.

—No. Contra usted mismo y su pandilla de conspiradores y asesinos. ¡General Bradwick, arreste en mi nombre al vicepresidente y a sus aliados!

El vicepresidente, rápido, dio media vuelta, intentando huir.

Entonces sucedió lo increíble.

Como por arte de magia, ante él, emergieron tres personas, solidificándose de la nada, en apariencia, como espectros.

Eran Henlein, Lorna y Greene.

El vicepresidente emitió un grito de pánico. Martin Henlein saltó sobre él, como un felino. Le aferró por las solapas, y descargó dos secos impactos en su mentón, derribándole a tierra.

—Bien, amigos… —sonrió el presidente—. ¿De dónde salieron ustedes?

—Si se lo decimos, no va a creerlo, señor —dijo Greene, con una sonrisa—, Será mejor que sepa los detalles con calma, después, ¿no le parece, coronel Arlen?

—Desde luego —suspiró con alivio el coronel—. Desde luego, amigos míos…

CAPITULO II

—Cada vez que recuerdo la cara del presidente...

Martin Henlein suspiró, sonriendo. Asintió al comentario de Lorna, en el viaje en automóvil hacia Washington, D.C.

—Era para asombrarse. No podía creer nada de esa historia...

—De cualquier modo, a mí me sucedería igual, doctor. Es todo tan increíble, que aun ahora no me parece posible lo que hemos vivido. Recordarme tan diminuta, perdida en el polvo del quirófano medio derruido. Y de repente, al abrir la cápsula y recibir las radiaciones, convertirme en lo que realmente era... ¡Qué experiencia, doctor Henlein!

—Y qué experiencia para Bergman, el traidor. Informó de todo al vicepresidente, se convirtió en otro micro-ser... y ahí se quedó. Para siempre perdido en una dimensión que no es la suya. Bajo los pies de todos, hasta morir abandonado, invisible, imposible de localizar, ahora que el aparato del profesor Irwin se estropeó irremediablemente..., y llevará dos años crear otro tele-portador para el mundo microscópico. Dos años, en el tiempo de Bergman... serán milenios. Perecerá de viejo, de hambre, de abandono... El más justo y terrible de los castigos, al delito de traición...

—Doctor, ¿va a ir mañana a la clínica otra vez?

—¿Por qué no? —rió él—. He dormido noches enteras..., aunque todo empezó hace unas horas, ¿ya lo ha olvidado?

—No. Nunca podré olvidarlo, doctor.

—No me llame doctor, se lo ruego. No me gusta ese tratamiento ya, Lorna. En realidad, desde ahora, somos amigos, cuando menos. Y mi nombre es Martin.

—Sí, Martin...

—Recuerda. Somos amigos.

—Claro. Camaradas de aventura. Y amigos para siempre...

Amigos...

Henlein pensó que Lorna era bonita, abnegada, noble y valerosa.

Y le gustaba. Tal vez en breve, fuesen algo más que amigos.

Tal vez…

FIN